

En la tierra del corazón

Mauricio Mendez

Image not found.

Capítulo 1

Bienvenido forastero a la tierra del corazón.

Reino de la astroquímica,

Metrónomo de lo esencial,

Punto de partida de cualquier viaje interior,

Lugar donde el tiempo no tiene gravedad.

I parte

El niño

En una pequeña montaña conocida como la teta, había un niño que todos los días llegaba a ver el atardecer. La montaña erigida entre tantas otras de una sierra, recibía el nombre por su forma regularmente cónica y una piedra redondeada que coronaba la punta. A los lados de la piedra crecían manojos de blancas margaritas y un árbol a medio crecer e incipiente calvicie, que protegía a cualquier visitante contra el sol. La paleta de colores vivos y el aire siempre fresco recreaban un ambiente imperdible.

El niño se sentía solo y no por un tema de ausencias o antisocialidad, no lo podía explicar. Las tardes transcurrían con él, sentado sobre la piedra, echado hacia atrás, apoyándose con los codos y las piernas colgadas, sumergido en la melancolía que le producía disectar ese vago y viejo agobio que cargaba. Instalada la noche, descendía a su casa mitad decepcionado y mitad hastiado.

Un día, esa rutina cambió. Acostumbrado a las estadías solitarias, le extrañó oír el crujido del cascajo en el sendero que llevaba a la cumbre. Un par de gatos, uno blanco con gris y negro y la otra blanca con negro y naranja, antecedían a una niña de pelo negro, largo y liso. Usaba un vestido blanco de tirantes, un poco abajo de las rodillas, que caía flojo sobre su delgada figura.

Ya en la cima, la niña se paró frente al paisaje y aspiró profundamente. Giró su cara al niño, lo saludó con una sonrisa de cuerpo completo, rebotante de dientes blancos. El vestido contrastaba con su piel color espuma de chocolate batido. Viendo que en la piedra todavía quedaba un espacio al lado del usual convidado, la niña se impulsó con sus brazos y se

sentó imitando la postura contemplativa del niño.

El niño sorprendido, miraba fijamente a la niña, las delicadas cejas, los ojos negro profundo, las grandes pestañas y la nariz pequeña y recta que acababa en una punta suavemente achatada. Ella, consciente del minucioso escrutinio se comportaba indiferente, prestándole atención exclusiva a la tarde. Cuando llegó la hora de marcharse, la niña saltó de la piedra, sacudió con sus manos el vestido y rompió el silencio diciendo su nombre. Para cuando el niño terminó de balbucear el suyo, ella bajaba por la ladera junto a su sequito de gatos.

La tarde siguiente, el niño echado boca arriba sobre la roca, mataba su tiempo tratando de asociar la forma de las nubes en el cielo con los animalitos que conocía. Lo sobresaltó una suave voz, aguda e infantil:

-Hola, ¿qué miras? Era la niña del día anterior quien juntó su cabeza a la del niño para ver el mismo lugar.

-Esa nube se parece a un perro, contestó el niño.

-Y la otra se parece a mí gato panza arriba esperando que lo rasque. - Como las nubes en cuestión no parecía a ninguno de los animales mencionados, ambos lanzaron una sincera carcajada.

-¿Te gusta venir acá?, preguntó la niña.

-Sí, la vista es excelente. Por casualidad encontré este lugar tan tranquilo y diferente. Nadie molesta y desde aquí miro el mar, lo ves?-dijo el, señalándolo con su dedo que se movió abarcando otros sitios como el bosque, el lago, más montañas y el lugar donde se ponía el sol.

-Siempre he vivido cerca pero nunca se me había ocurrido curiosear hasta ayer que sentí como si me llamaran. De seguro fuiste tú, jajajajajaja. Sigamos reconociendo animales, es divertido.

Al final de la tarde tenían identificado un zoológico imaginario y un gran costal de risas. Después de mucho tiempo, el niño descendió a su casa sin la usual faz melancólica.

Nuevas tardes siguieron a esa, convirtiéndose una costumbre que la niña subiera y el niño la recibiera con una margarita, algún dulce que traía de su casa y a veces, figuritas de animales hechos con ramitas que recogía del suelo. Platicaban sobre sus historias, sueños, miedos y mil y una tontera. Si se les acababan los temas o la saliva, se acompañaban en silencio mientras el sol se escondía en sus pupilas. Una palabra, justa y propia, los describía: cómplices.

La niña traía alegría al niño y le borraba su melancolía. Despertaban cosas puras, inocentes, bonitas, que un día con la mayor naturalidad del mundo se materializaron en un poema. Cuando ella llegó a la teta, se sentó a su lado como tantas veces y él puso su mano sobre la de ella, declamándole quedito:

Tú,

caoba aterciopelada,

pétalos blancos en sonrisa,

ojos de caleidoscopio,

marea alta sosegada.

Hasta las cosas más nimias

que irrumpen mi universo,

son signos proféticos

que voy en el camino correcto.

Hacia ti.

-Gracias, nunca nadie me había dicho eso. - Solo eso acertó a decir la niña, con la mirada fija en el pequeño poeta. Estaba claramente emocionada, con el mentón tembloroso y los ojos acuosos. En un impulso, le echó los brazos encima, fundiéndose en un abrazo con sabor a eterno. Se levantó de la piedra y de pie frente a él, estampó su mano en el lado izquierdo del pecho del niño, a nivel del corazón y corrió ladera abajo. Sin fanfarria, en un gesto tan simple como ese, el niño atisbó el final del agobio.

En la madrugada de ese mismo día, una extraña sensación en el pecho despertó al niño; no era dolor, más parecía presión. Se levantó de la cama hacia el baño y llamó su atención que en medio de la oscuridad, un leve resplandor salía de su pecho. Encendió una vela y frente al espejo, ubicó un punto luminoso color naranja en el mismo lugar donde la niña colocó su mano. Deslizándolo su dedo índice por la zona, este se hundió en el punto como si lo hubiera introducido en un agujero. Retiró el dedo asustado, imaginándose convulsamente todo tipo de brujería. Torpemente puso una compresa sobre el punto, aplicó un vendaje alrededor de su torso y regresó a la cama. Cubrióse la cabeza con una almohada, intentando acallar cualquier estúpida especulación y deseando que fuese

un mal sueño, cayó profundamente dormido.

Afuera, un largo temporal azotaba como no había sucedido en décadas, con ríos de agua lluvia corriendo calle abajo; adentro, el niño aquejado de una extraña fiebre, enrollado entre frazadas para resistir los escalofríos. Frente a la chimenea, el niño imaginaba que los colores del fuego eran los mismos que sus preciadas tardes con la dulce compañera. ¡Cómo la extrañaba!.....

Las fiebres y el temporal amainaron a la semana y tuvo que esperar casi un mes para que el camino fuese seguro y evitarse los seguros sermones que recibiría sobre una potencial recaída. "¡Que alegre!, La volveré a ver", se decía. Tenía que ponerse guapo y un baño era mandatorio. Durante la enfermedad y convalecencia ni se le ocurrió bañarse y por lo tanto, se olvidó del vendaje en su torso. Al desnudarse y remover la compresa, comprobó con pánico mayor que el punto luminoso había aumentado a un diámetro poco más grande que su puño; cuando lo tocó con su dedo, esta vez se hundió la mano con todo y muñeca. Las vísceras no eran tangibles, el espacio era cálido y agradable, con algo que le daba suaves empujoncitos a su mano. Desconociendo lo que buscaba captar su atención, lo afianzó y sacó del pecho con sus dedos.

Era una esfera de luz naranja que brincoteaba en la palma de su mano como pez fuera del agua. Luego se quedó flotando en el aire, emitiendo un zumbido de vibración. Después de observarla fijamente, sintió la conexión con su cabeza para inocularle un montón de palabras. Sin oponer resistencia, estas fluyeron naturales de su boca en una hermosa composición.

A la vera del cielo divise tu fulgor,

explayado inocente al mundo,

retando a las nieblas del pasado

que devolviera un extraviado don.

Épocas fascinantes en que fuiste

reina, prólogo, epílogo y concepto

nacieron de mi planeo circular.

Luego, tus entornados ojos felinos

me atrajeron como magneto a lo terrenal.

*Mi cajita visceral te resguarda perfecta
con tus trajes de primavera y aurora,
ondulantes cuando bailas alegre y generosa
en el festival de mi memoria.*

*Mi flor de corona nívea y medula de miel,
no sé cómo apañármelas
si te alejas del resto de mi itinerario vital;
solo el futuro dirá como esto acabará.*

*Lo que nadie podrá evitar es que
aun en la cobardía, lejanía o improbabilidad,
en cada una de mis oraciones,
honre el trozo mío que posees
hasta que se decida un final.*

El niño estaba emocionado. Nunca concibió que pudiera concentrar tantas emociones, disparadas como una bengala desde su interior. Hundió su mano otra vez:

La brisa fresca anunciaba los últimos granos de la tarde. No sé qué mira exactamente. Creo que la amplia línea donde el naranja del cielo se une con el azul negro del mar. Ella está de espalda y las curvas de su estilizada silueta en claroscuro son resaltadas con la luz del prófugo atardecer. Ella busca concentrada, alguien o algo que le proporcione una pista para resolver una ecuación desbalanceada.

Por mi parte, desde el primer momento conocí la respuesta. Es curioso que lo sucedido sin buscar, pueda convertirse en un esquema capaz de recrear infinitas veces en la mente, en los sueños, en la respiración, un hermoso rostro que audazmente fue reseñado con las sondas de las manos una sola y gloriosa vez.

Me acerco, la abrazo fuerte y vierto en su oído las palabras indicadas. Ella se sorprende que la respuesta siempre estuvo presente en la espuma y el

verde de las olas que fluían entre los dos.

Cuando ella por fin decida hacer de mis palabras su motor, vendrá brillando como luciérnaga emocionada, irradiando las llaves del mundo. Será mucha la luz que traerá, tal cual sol habitando en su boca y no podrá contenerla. Entonces ella sabrá que su ecuación fue balanceada.....

Y otra vez:

Está parada al fondo del salón. Aunque la música suena fuerte y hay mucha gente alrededor, todos se apartan y forman valla hacia ella. Ella usa un vestido negro, corto y ceñido. Los zapatos también negros, de suela estrecha y tacón alto, dejan al descubierto las cerezas perfectas que adornaban los exquisitos dedos de sus pies.

Miraba al suelo cuando percibió mi cercanía; levantó el rostro y su pelo se abrió como cortinas de teatro, mostrando esos ojos tan suyos, de hermana de Catalina. Esos ojos que se entrecierran para desvestir, cantar, atraer, peinar, lanzar, suspender, voltear, leer, inventar... e introducir al tracto vicioso que siempre lleva a ella. Empieza el show.

Frente a frente, despliega una sonrisa y me conduce a la pista. Obedezco. Aunque el mundo y el ritmo continúan desaparecidos, nos movemos instintivamente. Ella baila suave y despacio como alga en marea baja y así se da vuelta para pegar su espalda a mi abdomen. Sigue bailando, ladeando su cabeza ocasionalmente y verme de reojo. El perfume de su pelo se impregna en el nervio de mi nariz. Estoy rendido y ella lo sabe. En señal de victoria, lanza otra sonrisa que me incita a tomarla por la cintura y de nuevo voltearla para reencontrarme con esos desafiantes ojos felinos. Estamos tan próximos que aspiramos nuestros alientos como drogadictos que no quieren dejar nada al desperdicio. Sus labios tiemblan, lo siento. Es inminente.....

Después de un rato, tenía un ramillete de esferas con más cosas lindas que decirle a la niña, de distintos tonos y claves. Seguro serían los ladrillos de una próxima galaxia de felicidad.

Se vino el día ansiado en que el niño subió a la montaña y ella no estaba, no llegó. Pasaron días, semanas sin noticias lo cual despertó esa peculiar angustia de que algo se gestaba detrás de las bambalinas de su ilusión; el dolor agudo y eléctrico apareció en su corazón..

El viento, testigo eterno de los giros de la historia y de esta en particular, se compadeció del niño. Una ráfaga bajó de las grandes alturas, acumulándose frente a él en forma de turbulencia para decirle:

-Ya no la esperes, no vendrá....

Normalmente que el viento se muestre y hable podría causar temor a cualquiera. Pero la pesadumbre que aplastaba al niño, obnubiló este hecho y exclamó:

-Yo sé que si lo hará. Mira los regalos que tengo para ella, exclamó el niño mostrándole a su vez el puñado de esferas que resguardaba en su mano.

-Tu sabrás.... Buena suerte, concluyó el viento.

El viento consideró que para la próxima, talvez tendría que ser más suave y empático con lo que sabía y no quiso mencionar. A los tres días, el viento encontró al niño sentado sobre la piedra, con las esferas apagadas en el suelo. Se miraba desvelado y desaliñado. Hoy probaría ser más paciente y solidario con él.

-Sigues esperándola? Tampoco vendrá hoy hermanito. - Como no recibí más respuesta que una mirada hosca, el viento intentó explicarse mejor. - No viniste una semana, se preocupó, se decepcionó y finalmente se marchó.

-Yo no tuve la culpa, enfermé-interrumpió el niño-. Pero ¿sabes tú dónde está?.... ¿Con quién está?.. La cara del niño se descomponía a medida especulaba; las ávidas esferas que todavía tenía en sus manos ya no eran tan brillantes.

-Importa acaso?, increpó el viento.

-Si.... dijo el niño sacando una nueva esfera de su pecho y la leyó.

El aire y los rayos de luz se filtraban por las cortinas de organza blanca que flotaban como fantasma inocente sobre una cama grande y mullida. Despierto frotándome los ojos y volteo para encontrar unos ojos de alegre albor y un dedo índice empujándome fuera de la cama. Me incorporo buscando la jofaina para lavarme la cara. Ella se quedará un rato más.

Al salir del cuarto hacia la veranda, un par de gatos salen a mi encuentro y se arriman a la pierna para saludar. Me agacho a prodigarles un par de caricias y abro la puerta del cuarto para que entren. Prendo el fuego del hogar y cuelgo una tetera de hierro fundido en un soporte. De la alacena saco miel, nueces y pan, con las que compongo rápidamente el desayuno. Asumiendo que no tendré compañía por un buen rato, sirvo una taza de té y como contemplando el asentar de la mañana.

Detrás de la casa planté cuatro robles. Ahora son grandes árboles de ramas tupidas debajo de las cuales construí un taller de carpintería. De un baúl viejo saco mis herramientas e inicio la jornada de trabajo: serrucho,

cepillo, armo. A lo lejos miro movimiento en la casa: una niña de vestido blanco comiendo, hablándole a dos gatos que subidos en la mesa, siguen muy atentos la imaginaria lección.

Durante el día, el aserrín forma imágenes de la niña que van llenando las horas de este carpintero. Sonriente, interesada en el "qué y cómo" de lo que construyo. Contrariada, peleona, conteniendo a duras penas las lágrimas porque las cosas no salen como ella quiere. Somnolienta en otro mundo, soñando con esquemas sensibles perfectos. Juguetona, revoloteando con sus gatos alrededor, alegrándole el día a los demás con sus ocurrencias.

Cuando la luz de la tarde empieza a perder brillo y el aire sopla fresco, dejo de trabajar porque es el momento de los dos. Ella prepara merienda y nos sentamos a la orilla de la veranda a comer y platicar mientras los gatos juegan. La puesta del sol nos sorprende con su cabeza recostada en mi regazo y mi mano peinándole su sedoso pelo negro.

A la hora de acostarse, la arropo con una oración en mi mente, pidiendo porque esté feliz y segura. Y al son de una canción de cuna se duerme. Me quedo velando el principio de su sueño porque ahí es donde emerge la más hermosa sonrisa de todo el día: la que proviene de la complicidad, satisfacción y convencimiento. La luz se apaga y ahora será el turno del perfume de mi princesa para arrullar a este corazón amante que siempre querrá más.....

-Lamento tanto hermanito que guardes eso tan bonito en tu pecho que no obtendrá respuesta alguna.... ella está en otra montaña, lejos de acá. Con alguien más- contestó el viento.

"Yo te creo que no pudiste estar. Pero no se trata de eso. Ella es feliz en otro lugar y no mira atrás ni hacia acá. Fuiste lo que tenías que ser en ese preciso momento y nada más. El lazo que tu pensabas que los unía, le faltaban hebras esenciales que si hubiesen estado, pasara lo que pasara el nudo nunca se habría soltado".

La sinceridad duele como tajo en el vientre con metal frío. Aun con las vísceras de sus esperanzas y sueños esparcidas por el suelo, el niño reunió fuerzas para solicitar un favor. Empujó la esfera que acababa de leer, dejándola frente a la turbulencia

-Llévasela. Dile que aquí espero y lo que ofrezco será realidad.

-Necio, te haré el favor pero no digas que no te lo advertí. - Al convertirse en ráfaga, el viento arrastró la esfera dentro de su volumen y la condujo lejos, hasta perderse de vista.

El pájaro

"El repentino fuego devoraba rápidamente lo que hallaba a su paso. Pájaros organizados en cuadrillas lanzaban arena desde las alturas. Una cosa negra con forma de ave, suspendida en medio de la aldea, escupía fuego por todos lados. Con el batir de sus alas, azuzaba las llamas que caían como marejadas sobre hogares y habitantes que se desmoronaban carbonizados.

Por la histeria, muchos huevos fueron abandonados en sus nidos y no podían dejarse abandonados. El adivinaba con impotencia el macabro resultado, pero algo tenía que hacer: improvisó como pudo una canasta a partir de un nido para trasladar los huevos a un lugar seguro. Haciendo acopio de valor y paciencia, comenzó el periplo del rescate. Aleteaba frenéticamente. Sentía un fuerte ardor en su ala derecha, olía a plumas quemadas y le costaba mucho guiar su vuelo.

Faltaba poco para finalizar el último vuelo cuando los refulgentes ojos rojos de la cosa negra se encontraron con los suyos. Una columna inmensa de fuego salida de su pico lo embistió y todo se sumió en la más profunda oscuridad....."

Toda la aldea y medio bosque fue arrasado por el incendio. Al regresar los supervivientes, encontraron un pájaro con el cuerpo extensamente quemado encima de una docena de huevos, protegiéndolos.

El pájaro se llamaba Torogoz. Tenía plumaje negro, áspero y erizado, pico grueso y graznaba estridentemente. Como daba mala pinta, ningún otro pájaro considerado bien se le acercaba. Pero al contrario de las apariencias y opiniones de los demás, resultaba ser un pájaro noble, agradable y tranquilo.

Por las noches, cuando todos dormían, volaba a un pequeño estanque a oraba para ser aceptado por la aldea. Una noche, un fuerte aleteo despertó a Torogoz quien voló rápidamente al estanque para ver de qué se trataba. Una turbulencia agitaba las aguas negras y en medio del ruido, una voz le dijo: "Torogoz, Torogoz, una gran prueba te espera. Si sales airoso de ella, tu anhelado deseo será concedido" y la turbulencia se desvaneció.

La gran prueba fue el incendio y tras la caída del carbón de su piel, obtuvo la respuesta a sus plegarias: sus nuevas plumas eran diferentes, una combinación de verde, celeste tornasol, amarillo, anaranjado y negro. De su cola nacieron dos largas plumas de raquis desnudo y de extremo final ancho color turquesa. La comunidad estaba profundamente agradecida con Torogoz y ahora que su aspecto era diferente, todos querían

compartir tiempo con él. Sin embargo, más que la exposición pública y las muestras de cariño, Torogoz prefería recluirse en el estanque donde había encontrado un almendro que le servía de pulpito para cantar mil y una sinfonías de dulces y aflautados trinos, diferentes a sus estridentes graznidos originales. Lo hacía como homenaje al dador de su nuevo plumaje y voz.

Recuperar la normalidad posterior a la tragedia, fue un proceso lento en la aldea. Mucho se especulaba sobre quién era el espectro que causó el incendio y cuáles fueron las razones por las que ocurrió tan desafortunado evento. Lo importante era que la aldea se reponía y por eso, todos los habitantes decidieron hacer un concurso de canto en parejas para recordar a las víctimas del incendio. Se inscribieron ilustres competidores venidos de todas partes como los ruiseñores, los cenizos y las tangaras. Los pájaros de la aldea que conocían a Torogoz le impulsaban a inscribirse pero como no le despertaba interés alguno y no tenía pareja con quien participar, declinó educadamente la invitación.

Un día, de la nada apareció en el bosque un jilguero de plumas pardas y grises que posó con un tanto de miedo en las ramas bajas del almendro de Torogoz para no interrumpir el concierto.

-Hola, dijo tímidamente el jilguero, - ¿quién te enseñó a cantar de esa manera?

-Fue un regalo, exclamó Torogoz interrumpiendo su trino. - Todavía no domino bien la técnica, pero sigo practicando.

-De donde yo vengo, nadie canta así y se oye tan lindo.... ¿Me enseñarías a cantar así?, preguntó el jilguero.

Torogoz mostró renuencia porque no podía asumir docencia sobre algo relativamente nuevo para el mismo y como estaba acostumbrado a la soledad, le hacía corto circuito desprenderse de su privacidad. Pero ante la sincera y vehemente petición del pajarillo, accedió a probar.

Y la decisión no fue mala: los días escurrían rápido entre notas a dueto. A pesar que el trino del jilguero tenía cierta pericia, le faltaba el garbo y armonía de Torogoz. Con la práctica fueron emparejándose y se entregaron de lleno al caudal musical; tan entusiasmados estaban con sentirse vivos, que aceptaron inscribirse en la competencia de canto. Sin embargo, una tenue alarma rondaba en la cabeza de Torogoz: aunque su gran deseo era que este hermoso lapso de alegría que vivía fuese eterno, tenía el presentimiento de que la permanencia del jilguero a su lado sería breve. Decidió dejar de lado el conflicto que esa alarma le generaba y prosiguió con su plan de disfrutar hasta la última gota de tiempo que

tuviese disponible.

Llegó la fecha designada de la competencia y los aldeanos abarrotaban la plaza para presenciar el tan esperado evento. Los encuentros preliminares fueron duros y no decepcionaron a la audiencia: muchas parejas quedaron eliminadas ya sea por desafinos o desatinos y al terminar el día, dos parejas clasificaron a la final: los ruiseñores y Torogoz con el Jilguero.

Al amanecer, Torogoz fue a buscar al jilguero para ensayar un poco antes del encuentro y no lo encontró; había desaparecido en algún punto de la noche. Abrumado por el fracaso sembrado, voló hacia el estanque y filosas lágrimas brotaron desde la mismísima raíz de su alma. En el centro del estanque aleteó nuevamente una turbulencia que con voz profunda, se estampó en su cabeza:

"¿Por qué estas afligido?. Esta simple jornada de vuelo que contemplas como única e ideal, es tan solo una de tantas escalas de un viaje más largo e inescrutable para tu sencilla comprensión; los cansancios y oscuridades que te esperan serán más grandes de los que hoy vives. Cuando surques mis dominios, conviene que dejes a un lado la esclavizante brújula de tus ideas preconcebidas y abandónate al rumbo que te dicto. Confía, porque seguro llegarás al lugar que yo quiero para ti y sabrás que ahí es mejor que el actual porque has seguido mi voluntad".

La voz calló y Torogoz supo que hacer. Se enjugó las lágrimas y regresó a la aldea, a participar en la final. Del álbum de su memoria, sacó preciosas fotografías de los momentos compartidos junto al jilguero. Sentimientos contradictorios se conjugaron en su pecho y manaron como un torrente en forma de canción, nunca compuesta, nunca cantada.

Cuando la terminó, se marchó inmediatamente de la aldea porque ningún premio realmente le importaba. Los ahí presentes quedaron impactados ante la fuerza y belleza de lo que acababan de escuchar, y mucho se habló en adelante sobre la magistral intervención de Torogoz.

Ya en el bosque, Torogoz se posó en una piedra a la orilla del estanque y viendo al cielo se preguntó a sí mismo: "¿De qué se trató todo esto? Estaba solo y feliz y así habría continuado mi camino. Vuelvo a la soledad, sin felicidad y mi corazón asfixiado dentro del dedal de este pecho..... ¿Es esto lo que quieres?".

Nada es fortuito en esta vida y lo que acababa de suceder era el inicio de una historia cuyo ritmo era marcado por el metrónomo de alguien más. No lo entendía y esa incapacidad de relacionar eventos, alteraría el curso de lo que estaba por venir.

De ahí en adelante, indistintamente bajo cielos grises y opacos o celestes sedimentados de naranja, Torogoz siguió acudiendo al almendro del

estaque a cantar, guardando sus mejores galas vocales para una canción, la nunca compuesta, la nunca cantada y por siempre recordada.

II parte

El niño

La tarde siguiente, el niño encontró la esfera botada al pie de la piedra.

-Viento, ¿qué pasó?, ¿le gustó?, ¿va a venir?, ¿me mandó a decir algo?, vamos, ¡cuéntame! -, dijo el niño exaltado.

La turbulencia se formó frente a él y musitó las noticias mas desafortunadas:

-Si la vio. Le pareció bonito su brillo, pero nada más. Mejor te la traje de regreso en lugar de que quedará allá, porque te repito, no vendrá.

-No me rendiré –proclamó el niño sacando una sábana blanca detrás de la piedra, que se anudó por sus extremos al cuello, flotando como una capa. Cuando uno quiere algo de verdad, debe luchar por ello. Date cuenta que si esto no fuese importante en mi vida, no habría sucedido o se habría esfumado hace tiempos por intrascendente. Pero persiste y eso significa algo. Álzame y llévame hacia esa montaña. La convenceré. Llévame.

El niño extendió sus brazos esperando que la ráfaga lo izara e impulsara hacia su destino. Nada. El viento se divertía con la sencillez que el pequeño pretendía dar solución a un antiguo problema existencial: ¿Por qué el hombre entrega su corazón a quien no debe y se lo niega a quien si lo podría apreciar?.

Comprobando que la capa no se movía ni un ápice y que aún no volaba, el niño se lanzó al vacío intentando forzar al viento a actuar, o talvez por un impulso suicida. La ráfaga se lanzó al alcance y lo recogió unos metros antes de estrellarse en el suelo.

-Te odio, me puedes llevar y no quieres. Mejor hubieras dejado que me estrellara. Sin razón, no hay sentido y estoy harto de no tenerlo- gritó el niño frustrado luego que la ráfaga lo depositara de nuevo en la punta de la teta.

El viento estaba enojado y su tolerancia, agotada. El aire dentro de la turbulencia circulaba alborotado, oscuro y salpicado de pequeños relámpagos.

-Acepta que ya no vendrá, maldita sea –la voz atronadora del viento hizo temblar al niño-. ¿Ha venido a visitarte o te ha enviado una carta con promesas sin que yo me haya dado cuenta? No tienes nada. ¿Crees que el amor lo puede todo? El amor es invencible si existe reciprocidad y tú no tienes nada. Perdiste por circunstancias, por justicia, por destino. No lo sé y no importa. Perdiste porque ella no era para ti, era de alguien más que si satisface sus necesidades. Encájalo y vive con ello.

-Llévame, te lo ruego, balbuceó el niño entre sollozos.

-Dime que quieres volar porque quieres ser libre; juro que te lo concedo. Pero nunca te lo daré para que insistas en buscar lo que no se quiere dejar encontrar.... ¿Quieres ver pruebas para convencerte de lo que digo?, bien, te las daré.

En el centro de la turbulencia se formó una especie de pantalla que mostró dos personas felices, en distintos lugares, en convivencia. Eran las imágenes que temía admitir. El nervio vital se desprendió en su totalidad y el dolor fue tan intenso que la ilusión se desmayó.

-Ganaste viento.... Ya entendí.

-Nadie gana.... Hiciste buena lucha hermanito, como los grandes. Ahora corresponde darle vuelta a la página. - Cesaron los relámpagos y la turbulencia se desenrolló en una ráfaga para marcharse a las grandes alturas.

El niño quedó como la única presencia en la teta. Su estrella polar no era mas que una luminaria temporal con una inédita misión particular. Tal vez en el camino que restaba, directamente o de carambola, se enteraría de que se trataba la misión; tal vez ya estaba completada y lo ignoraba. Que importaba.... pero tuvo miedo a dejar ir y olvidar.

Sabía que no regresaría a la teta por un largo tiempo pero tal cual mal vicio, volvería. Sacó del bolsillo un pequeño caracol blanco y rayas cafés que guardaba de un viaje al mar y recordó lo que el viejo dijo sobre ponérselo al oído para tener presente el canto del mar. Con unos cuantos golpecitos, desalojó las estrofas marinas. Recogió todas las esferas regadas como fruta madura caída en las laderas de la teta durante los días de desasosiego y vació en el interior del caracol cada verso que contenían. Entonces pensó: "este caracol contendrá aquello que me niego a olvidar". Agitó el caracol y se lo puso al oído. Era la historia más bella que había escuchado en su vida; lástima que fuera unilateral. Con el simulacro de capa como mortaja, enterró el caracol al pie de la piedra, entre las margaritas.

Echando el último vistazo al sitio donde vivió con una feliz aflicción, una

esfera salió solita sin quererlo de su pecho, de la cual leyó lo siguiente:

La tarde está quieta y me lanzo al vuelo tras el rastro indeleble de un perfume que impregna el aire. Nuevamente soy un proyectil que al son de los grillos, maniobra entre espectros con la esperanza de alcanzarte.

A lo lejos mido tus movimientos a propulsión, tus giros repentinos a plena velocidad, acumulando mundo con la voracidad de la juventud. No te detienes por aquello que sea diferente a tu actual código de felicidad, porque confías que siempre tendrás el tiempo a tu favor para escoger del abanico de la vida, la mejor sensación que puedas encontrar.

Disminuye tu velocidad mi pequeño gusto adquirido para que mires los regalos que te he traído hoy: una estrella fugaz con un deseo, tus sueños de infancia en cascabeles y un par de palabras nacidas y criadas en la parte más dulce de mi corazón. Voy tarde y grito para detenerte. No lo haces y me obligas a acelerar sintiendo la rabia de ser el estúpido que arma todo y nunca gana el premio.

Estoy a una fracción de segundo de detenerte, las yemas de mis dedos perciben el calor que confirma eso grande y hermoso que ruge con cada puesta de sol para protestar por su clandestinidad. Repentinamente desacelero. Tú sigues de largo.

Me detuve porque las mejores cosas en la vida no traen rabia, ni siquiera se persiguen. Simplemente están ahí para cuando sea el momento.

Por el amor que hoy te profeso, mañana volveré, pero cada vez te perseguiré menos y así iré retrocediendo hasta ser bala en recámara y antes de eso, la pura intención de este vicio circular.

Con sus dedos, el niño estalló la esfera y se despidió con voz quebrada:

-Nadie más que este caracol sabrá lo sucedido y aquí se quedará. ¿Por qué mi mano siempre choca con una vitrina cuando quiere alcanzar lo máspreciado?. Mi niña, ojalá que donde estés, sea lo que esperabas y que no solo llene tu cuerpo sino también tu soledad. Por mi parte, lejano estaré mejor.

Dio la vuelta y bajó por donde vino.

El pájaro

En medio del sueño, Torogoz sintió una presencia. Con la vista aun borrosa, intentó incorporarse y a duras penas distinguió una mancha de pie a su lado, que al percibir los torpes movimientos, extendió sus alas y

huyó. A partir de esa madrugada, la mancha siguió visitándolo a la misma hora y bajo las mismas circunstancias. Cada mañana, Torogoz se levantaba con la idea espiral de que era el Jilguero. Esa misma noche corroboraría su sospecha.

La mancha acudió aleteando suave y silenciosamente; la débil luz de la luna y las estrellas translucían a través del color ámbar de su cuerpo. Torogoz se incorporó rápidamente y la mancha reaccionó volando a la fuga.

Torogoz se lanzó en persecución a una distancia y velocidad prudencial, sin perderlo de vista. Cruzaron la aldea, el bosque y ascendieron al ras de la ladera de una montaña. El resplandor del sol anunciaba el amanecer que asomaba por la cumbre. La mancha aceleró el vuelo y desapareció a la vista de Torogoz quien quedó rezagado.

Cuando Torogoz alcanzó la cumbre, vio al Jilguero. Estaba parado en una roca al borde de un precipicio. El cuerpo ya no era ámbar sino gris oscuro y translucía el paisaje monocromático detrás de él. Pero lo sorprendente eran las letras oscuras incrustadas sobre el cuerpo del Jilguero, que formaban palabras irreconocibles que se movían continuamente como anillos concéntricos; también la tristeza translucía en sus ojos. Jadeando, Torogoz se posó frente a él y preguntó:

-Si me has visitado todas estas noches, ¿por qué no te quedas?, ¿Por qué huyes?

Después de un pesado momento de silencio, el Jilguero respondió:

-Mientras estuvimos juntos, por miedo a que me juzgues, nunca te expliqué quién soy y de dónde vengo. Nací y crecí en una jaula de la gran ciudad. Una vez que aprendí a cantar, fui regalo, compañía, adorno u objeto olvidado dependiendo del dueño de turno. Mi vida era un teatro donde el telón subía con la luz del sol y me dedicaba a cantar en función permanente hasta el ocaso; cada hora transcurrida en ese encierro, mi alma moría de a poco. Un día, de la nada, apareció un ave negra, de ojos rojos y voz ronca que me propuso "yo te puedo liberar de esta miseria pero a cambio me concederás un favor. Ahora no te lo pediré, luego lo vendré a reclamar y no te podrás rehusar. ¿Aceptas?". No tuve otra más que aceptar y en el acto, la puerta de la jaula se abrió. El ave negra no tardó en reclamar su favor: me pidió que fuera su chaperón. Era libre de la jaula pero esclavo de la oscuridad. El tiempo que estuve con el fue espantoso: fui testigo de su crueldad, guiñapo de su voluntad..... no lo soporté. Huí tan lejos como pude sin ver atrás.... así llegué a tu estanque. Yo quería trinar igual que tú para calentar estos huesos fríos, volver a creer en lo hermoso que podía ser la vida. Sin quererlo, me diste lo que necesitaba y de verdad quería ganar ese concurso, por ti, por mí. Pero la

noche previa a la final, el ave negra me encontró y tuve que huir.

-Te he sufrido un mundo... todavía te sufro, dijo Torogoz.

En ese instante, los días de ansiedad, las tardes plagadas de fotografías y las noches de insomnio se conjugaron en el pecho de Torogoz y emergió la canción nunca compuesta, la nunca cantada, la huérfana que en ese momento conocería a su progenitora inspiración.

Detrás de la noche estrellada de tus ojos

se esconde una primordial soledad,

el cansancio de una vida guerrera y

la terquedad de un autocontrol sin tregua.

Déjame ser el bálsamo que cure tus heridas.

Déjame llevarte a un mundo que no le importa

quién eres o quien serás.

Que solo tiene manos llenas de flores

y un cielo abierto a las sorpresas

con las que alguna quisiste soñar.

No hay final

Pueda que las palabras cambien de puesto

Que estén vendidos nuestros tiempos y cielos

Que la distancia empolve nuestras fotografías

Aun así, yo regresaré y te encontraré

En cuerpo o en alma, te encontraré

Es una promesa de eternidad.

No hay final.

El jilguero derramó una sola lágrima. Torogoz la recogió con la punta de

su ala. Ardía.

-Vete, susurró el Jilguero, ya no me persigas. Esto puede terminar feo para los dos. No sé por qué me has entronizado en un puesto que debería corresponderle a alguien más. Yo no tengo tus respuestas. No merezco tu esfuerzo. Puedo ser tu perdición.....

-Tienes razón, interrumpió Torogoz, si lo piensas bien, cualquiera diría que estoy loco. Sin embargo, te haré una pregunta: ¿has visto crecer flores en las juntas de las paredes? Son semillas nómadas que se aferran en alguna irregularidad y germinan inadvertidamente. Te das cuenta de su presencia cuando sus tímidos colores atraen tu atención. Son diferentes a las flores de los jardines que ya sabes lo que serán en su madurez. Pero las flores de las paredes... no dejas de admirar cómo a pesar de su sencillez, son capaces de resistir las inclemencias del mundo. Entonces, las admiras más y te das cuenta que están ahí por una causalidad, sin casualidad. Tu eres esa flor en mi pared y he acudido aquí, en medio de las tormentas, para descubrir la naturaleza, la relevancia de tu causalidad, la que desvió el curso rectilíneo de mi destino.....

En ese instante, un fuerte viento caliente comenzó a soplar del sur y el cielo se inyectó de rojo. Un pequeño agujero se abrió en el espacio frente a ellos, a través del cual salió una delgada columna de humo que formó la figura de un pájaro negro, de ojos carmesí. Era Pájaro Oscuro, el mismo que incendió la aldea de Torogoz un año atrás. Resonó una carcajada gutural y el espectro dijo:

-¿Pensaste que podrías huir de mí, Jilguero?. Y mira nada más tu acompañante, el pajarito con quien te escondías. Torogoz te llamas, ¿verdad?. ¿Ya te dijo esta desgracia quién soy?. Desde tiempos inmemoriales busco seres débiles, desconsolados, desorientados, y les ofrezco sacarlos de sus miserias con el máximo regalo que puedas recibir: felicidad. El Jilguero pidió libertad y yo se la concedí a cambio de un pequeño servicio que se rehusa cumplir. El muy desagradecido decidió traicionarme y debo reconocer que logró esconderse muy bien en tu aldea.

“¿Te has preguntado por qué el Jilguero es una mancha translúcida? Lo tuve que castigar maldiciéndolo con la dilución de sus colores. ¿Ves las letras incrustadas en su piel?, míralas, ¿no las reconoces?. Son todas las cosas buenas que tú le dijiste, que pensaste, que le dedicaste. Están ahí, grabadas para recordarle que no tiene derecho a anhelar, que mientras me pertenezca, nunca será libre y mucho menos feliz”.

Pájaro Oscuro levantó la punta de su ala y las líneas concéntricas de palabras comenzaron a estrujar con fuerza el volumen de la mancha. El

Jilguero emitió un agudo gemido mientras su atormentador sentenciaba:

-El día que te abandonó, impuse mi maldición y el pobrecillo tuvo que irse antes que lo vieras.... Que ternura!. Pajarito, haznos el favor de regresar a tu aldea, esta piltrafa no vale la pena. Puedo darte un ratito para despedirte si quieres. Pero si insistes en buscarlo, tendrás que enfrentarte conmigo y te aseguro que perderás todo incluyendo el alma.

Torogoz sentía el miedo calar hasta la última molécula del tuétano de sus huesos. Sin embargo, había algo que bullía en su pecho que le impulsaba a no temer y jugárselas por lo más importante.

-Entonces nos enfrentaremos, respondió con valentía.

-Jajajajajaja, entonces tu suerte está echada. En el solsticio de invierno, cuando la noche sea la más larga del año, te esperaré en el amate al final de la gran ciudad. Si no te presentas, créeme que te acecharé y cazaré por tu necedad. Considera tu alma entregada.

En un destello rojo, Pájaro Oscuro y el Jilguero desaparecieron inmediatamente frente a él. El cielo retornó a su color normal; ya era de día. Se aproximó al borde del precipicio y aunque no tenía idea sobre donde se ubicaba la gran ciudad, todo era tan claro como el agua. Inspiró profundo y saltó hacia lo desconocido.

III parte

El aprendizaje.

1

Delgados haces de luz rompían la completa oscuridad del bosque. El viento otoñal barría delicadamente las hojas marchitas formando olas color café y naranja. El ambiente perfecto invitaba a la contemplación del tiempo imperecedero y del espacio sin transmutación.

Emprender camino a la gran ciudad se había vuelto complicado. En un principio nadie conocía el lugar o le daba razón de cómo llegar hasta que un pájaro viejo le dio la indicación que siguiera recto hacia el sur. Varias lunas transcurrieron como un eslabon con el único timón de un axioma en el corazón. Se alegró de encontrar ese bosque porque necesitaba reponerse del cansancio acumulado.

Se posó en las ramas inferiores de un castaño sin percatarse que en las ramas superiores, mirando inmóvil al vacío, estaba un pájaro de color pardo dorado. Torogoz carraspeó para llamar su atención. Sin mover su

cuerpo, este giró la cabeza un poco menos de 180 grados, mostrando un disco blanco que enmarcaba unos grandes ojos negros y un pequeño pico curvo.

-Hola forastero, ¿Qué te ha traído al bosque?, ¿Turismo, aventura, camino? Para lo que sea, ya es tarde y te convendría aceptar mi hospitalidad.... qué mala educación la mía, soy la lechuza.

Para tener un cuerpo desproporcionado, de cabeza grande, tronco pequeño, alas cortas y patas largas, se manejaba muy bien volando. Se dirigieron a un roble milenario, el más grande y grueso que hayase visto; por un orificio en la parte superior, cercano a la copa, ingresaron al interior del tronco. Según le explicó la lechuza, el roble contenía una biblioteca con muchos libros hechos de hojas secas y pasta de corteza, con toda la sabiduría de los pájaros acumulada a través de la historia.

Ya instalados y en confianza, Torogoz le contó a la lechuza sobre el incendio, el Jilguero, el Pájaro Oscuro y la gran ciudad. Con el interés de un cronista experimentado ante una potencial buena historia, la lechuza desenredaba los giros narrativos con la mirada perdida en un estante. Posterior a un breve silencio, sacó con el pico un libro y lo abrió en el suelo, dejando ver ilustraciones de un ave negra.

-Vaya suerte la tuya de toparte con Pájaro Oscuro. Voy a leerte una vieja historia para que entiendas el lio en que te has metido, dijo la lechuza enfocándose en las letras junto a una serie de ilustraciones del libro.

"Hace mucho, mucho tiempo, vivía en una aldea lejana un pájaro malvado que sus vecinos detestaban por violento y ladrón. Un día, se hostigaron tanto de semejante cafre que lo capturaron, golpearon y lo arrojaron en medio de un bosque, dándolo por muerto. Pero no lo estaba, su maldad era tan refractaria que no lo dejaría morir.

El pájaro fue recogido por un viejo que desconociendo la naturaleza torcida del herido, lo cuidó y adoptó. Como no tenía mas compañía, el viejo le contaba detalles de su larguísima vida; también le mostró un pequeño cofre donde guardaba un tesoro.

El pájaro estaba encaprichado con regresar a su antigua aldea y destruirla para desquitarse de la golpiza recibida. Una mañana, aprovechando que el viejo había salido de casa, huyó robándose el cofre del tesoro solo por maldad.

Ya lejos de donde vivía el viejo, abrió el cofre y una pequeña chispa amarilla le saltó encima, introduciéndose en su cuerpo. Nada especial sucedió en ese momento pero después si. En el camino se le antojó cantar; su voz le sonó extraña, muy melosa y enigmática. La sorpresa que se llevó fue que unos pájaros transeúntes quedaron

hipnotizados con el trino. Entonces descubrió que la chispa le confería el poder de subyugar la voluntad de quien lo oyera, lo cual le resultaría sumamente conveniente para otros fines como por ejemplo, su venganza.

Una tarde, entró a la odiada aldea pasando completamente desapercibido y cantó en la plaza central. Cuando los habitantes cayeron en su hechizo, dio rienda suelta a su plan: ordenó a todos los pájaros a que se mataran entre si hasta que no quedara ni uno en pie. Después de la masacre, huyó feliz del lugar.

Algunos pájaros que lograron sobrevivir decidieron darle caza. Lo siguieron y en un instante de descuido del asesino, se lanzaron sobre él. Le sometieron a golpes, amarrándole el pico para que no cantara. Viendo el odio emanado de los desorbitados ojos enrojecidos, no tuvieron valor de matarlo y prefirieron clavarlo por sus alas y patas en el tronco de un árbol, abandonándolo a su suerte.

Pasaron los días, las semanas y el pájaro seguía vivo porque su maldad era refractaria y no le permitía morir. Sin embargo, el destino también quería desquitarse de tan mala semilla: fue el viejo quien encontró al pájaro crucificado. Extendiendo su mano, llamó a la chispa robada la cual obedeció, abriéndose campo entre las vísceras que la enjaulaban. Los graznidos de furia y dolor eran dantescos. Luego, maldijo al moribundo para la eternidad y con un nuevo movimiento de mano lo inmoló. El viejo recogió las cenizas y las fue a tirar al hueco del tronco de un amate lejano para borrar cualquier traza de semejante traidor.

Pero la maldad es refractaria y nunca muere. La oscuridad que subyace en todos los seres se interesó por el desterrado filón de iniquidad. Mezcló su perversión con las cenizas malditas y de esa masa negra, surgió el espectro en forma de ave que tomo el nombre de Pájaro Oscuro.....”.

La lechuza cerró el libro y después de regresarlo al estante, contempló a Torogoz como si estuviera escudriñando vida dentro de un cadáver.

-Mi querido Torogoz, la única manera de vencer a Pájaro Oscuro no es enfrentarle sino huir. La gran ciudad, el sitio donde has sido citado, es un espectáculo único pero no te engañes. El agua es sucia y hay que pelear por la comida. De día, la neblina cargada de hollín te impedirá respirar; de noche, millones de luces te traicionaran.

"Para llegar al amate tendrás que atravesar toda la ciudad; luego te toparas con un gran llano en medio del cual veras un árbol único, de corta altura y copa extendida. Ese es el amate, cuna del espectro depravado a quien quieres enfrentar. Por si no lo sabes, Pájaro Oscuro tiene control sobre los relámpagos, escupe fuego y viento huracanado. ¿Qué poder tienes tu para combatirlo?..... Te sugiero que te quedes un tiempo acá,

estudia a tu oponente, búscale un punto débil".

El silencio propio de la ignorancia invadió la pequeña sala y era obvio que Torogoz debía aceptar la invitación para investigar a su antagonista. Así que aceptó la propuesta.

Una breve temporada transcurrió entre historia, ciencias y un montón de cosas que desconocía que existían pero que eran relevantes para su empresa. Por las tardes, le daba descanso a su embotada mente, cantando mientras limpiaba el polvo de las fotografías en la repisa de su memoria; en las noches, salía con la lechuza a conversar sobre sus avances mientras volaban silenciosamente por el bosque. Pasadas varias semanas, luego de una breve sesión de canto de Torogoz, la lechuza se acercó.

-¿Te sientes preparado?, preguntó la lechuza.

-Nunca se está preparado ante lo sobrenatural, particularmente si se carece de algún poder o destreza particular como yo, respondió Torogoz con un deje de resignación.

-Me quedé pensando en un detalle y lo investigué en la biblioteca. ¿Recuerdas la historia de Pájaro Oscuro? Esta registrado que cada cierto tiempo aparece y regresa a su antigua aldea para incendiarla hasta sus fundaciones. Hace poco Pájaro Oscuro incendió tu aldea. ¿Encuentras alguna casualidad?

La inesperada relación de hechos fulminó a Torogoz. Ahora el motivo del enfrentamiento era doble.

-Con más razón debo presentarme a la cita aunque signifique con seguridad mi muerte, sentenció Torogoz.

-Aunque de cierta manera entiendo tus razones, son muchos los peligros a los que te expones y pocas las probabilidades de éxito. A partir de acá, quien es más apto para ayudarte, es el halcón peregrino. Viaja a la tundra ártica y pídele que te entrene. De todas las aves, él es quien te puede enseñar a luchar y talvez tus probabilidades cambien. ¡Que el viento te lleve con bien!.

2

En medio del macizo montañoso más grande de la tundra ártica, la lechuza instruyó a Torogoz para que buscara el risco del espolón. Ahí encontraría al halcón peregrino, maestro del "camino del cazador".

Entre dos piedras verticales se incrustaba un nido parecido a una atalaya en lo más alto de un risco con la punta doblada, donde un ave negra

azulada y vientre blanco, observaba el panorama con gran concentración; aunque no era un ave de gran envergadura, su aspecto era imponente. De repente, extendió sus alas, las batió amenazadoramente y lanzó un agudo "kreeeeeeeeee". El choque de las ondas sonoras contra el cuerpo de Torogoz, lo detuvieron en pleno vuelo, cayendo aturdido en una de las salientes inferiores del risco.

-¿Es usted el halcón peregrino?. Mi nombre es Torogoz y vengo de lejos porque la lechuza me aconsejó venir acá para pedirle ayuda, dijo el pájaro adolorido.

-Vete, me distraes- contestó el halcón hosco y sin bajar la guardia.

Súbitamente, el halcón oteó un punto del horizonte y encumbró vuelo con una velocidad pasmosa. Tres o cuatro vigorosas batidas de alas fueron suficientes para vencer la resistencia de las corrientes de aire que cruzaban el risco. Después bajó las puntas de sus alas y descendió como un proyectil en un ángulo casi vertical, directo a una paloma que aleteaba despreocupadamente un par de kilómetros abajo. La desprevenida víctima no alcanzó a sentir el fortísimo impacto que la lanzó varios metros lejos del sitio del encontronazo. Con una habilidad y rapidez extraordinaria, el depredador tomó con sus garras a la paloma desmadejada antes que cayera al suelo.

-¿Qué quieres conmigo?- preguntó el halcón nuevamente acomodado en su nido mientras abría el pecho de la paloma con la punta de su afilado pico- ¿Tienes hambre?.

Torogoz declinó el ofrecimiento caníbal con expresión de repulsión. Después de controlar un par de arcadas, le hizo al halcón un pequeño resumen de su reciente historia.

-¿Y exactamente qué quieres que haga yo?. Pájaro Oscuro es un punto y aparte; nunca lo he enfrentado y tampoco deseo hacerlo. Por lo tanto, no tengo nada de utilidad que enseñarte para tu estúpida empresa. Sin embargo, debo reconocer que dentro de tu locura y poco aprecio por tu vida, eres valiente y mereces toda la ayuda posible incluyendo la mía.

"Te puedes quedar pero debo advertirte que aquí la vida es dura y básicamente tu supervivencia será tu entrenamiento. Cambiaré ese aspecto debilucho que tienes y haré de ti un pájaro rudo que no quedará fulminado con la primera mirada de ese espectro maldito. ¿Aceptas mis condiciones y disciplina?. Bien, descansa que mañana muy temprano comenzamos".

Terminaba de despuntar el alba cuando el halcón y Torogoz partieron del risco del espolón, volando despacio hasta posarse en la cima de una

montaña vecina. Divisando el panorama, le compartió:

-Cuando era polluelo fui capturado por los hombres, quienes trataron de domesticarme: me encerraban en sus tiendas, poniéndome capuchas, me chiflaban para que los reconociera o me hacían volar amarrado de mi pata con un fiador. Me entrenaban para cazar y luego arrebatarme la caza. Nunca podría confiar en alguien que intentara rebajar mi dignidad. Por eso les hice creer que estaba domesticado, cumpliendo cada una de las etapas del entrenamiento. Cuando llegó el día que me soltaran, volé alto e ignoré todo lo que me enseñaron para someterme. Escapé. Encontré este risco donde soy ley y muerte. En la soledad y el frío, aprendí habilidades insospechadas e intensifiqué mi instinto depredador. Y eso es lo que te enseñaré. Lo primero será mejorar tu vuelo.

En las primeras semanas, Torogoz aprendió a planear extendiendo o encogiendo las patas para variar los ángulos de descenso, a remontar corrientes ascendentes y modificar la forma de sus alas; esto era necesario porque las alas de Torogoz eran pequeñas y no permitían cambios rápidos de dirección para desplazarse con potencia y velocidad. También aprendió a respirar para que sus pulmones resistieran los cambios de presión del aire en alta velocidad. Afianzadas esas habilidades básicas de vuelo, practicó remontar corrientes a mayores alturas para dejarse caer en picada, primero en ángulos abiertos que fueron cerrándose hasta volverse casi verticales.

Una mañana, después de los usuales ejercicios, el halcón y Torogoz volaron hacia un risco cercano. Ambos aterrizaron en una amplia terraza que antecedió a una cueva. El sol iluminaba el interior, revelando sus macabros contenidos: un primer montículo apilaba una gran cantidad de huesos mezclados entre cadáveres desmembrados en distintas etapas de descomposición. El segundo montículo se juntaban unas cuantas calaveras de distintos tamaños y orígenes. El olor expelido era acre e impedía acercarse. Acostumbrado al hedor, el halcón entró y regresó al instante, arrastrando un cadáver con la marca de la casa: el pecho destrozado a picotazos. Lo puso frente a Torogoz y dijo:

-¿Ves esa pila?, son mis presas del último mes, ya perdí la cuenta de cuantas o quienes son porque no importan, son comida. Es la otra pila la que tiene valor: para ganarme esas calaveras, esperé, perseguí, peleé, sangré... vencí gracias a dos cosas, los atributos físicos con que la naturaleza me diseñó y algo que tú no tienes: instinto. ¿Crees que no te he observado?. A ti te afecta la conciencia y ese maldito sentimentalismo que con toda seguridad tus enemigos no tendrán. Así que de ahora en adelante, aprenderás el oficio de matar; cuando seas diestro en ello, no importará tu deficiencia original porque habrás desarrollado el hábito de no perdonar..... Mmmmm, nada podemos hacer con tu pico pequeño pero si con tus garras. Practica clavándolas en este cadáver para que adquieras fuerza prensil. Después, vuela unos metros arriba, desciende en picada y

clávale las garras. No te preocupes, el muerto no se quejará. Ocupa también tus espolones al momento del impacto, de algo te servirá.

Al cabo de un par de meses de entreno, Torogoz se desenvolvía casi igual que su tutor. Pero había una cosa observada sobre los ataques del halcón: este tenía un grito de batalla que anunciaba un ataque inminente pero también era funcionaba como arma. Él lo experimentó cuando las potentes ondas del agudo kreeeeeeeeee lo sacudieron como mazos, botándolo al suelo.

-El grito tiene un efecto amedrentador pero destructivo a la vez, explicó el halcón. – Un grito de batalla está relacionado con los sentimientos del momento; sientes como bullen en tu pecho. Cuando escapé, me lanzaba sobre mis presas con una rabia tan impetuosa que mis gritos descargaban cantidades mortales de decibeles que le quitaban sentido a la caza y por eso tuve que aprender a controlar mis emociones. A ver, oigamos el tuyo.

El grito de Torogoz era suave y agradable; nunca amedrentaría a nadie.

-Suenan horrible. Practica más, sentenció el halcón.

Una mañana gris y ventosa, con fuerte olor a lluvia, salieron Torogoz y el halcón a dar un paseo. Mientras sorteaban algunas turbulencias, el último dijo:

-Bueno muchacho, se acabó la instrucción. Hoy es el día de tu examen final.

Ambos bajaron la cola, incrementaron el ángulo del plano de sus alas y aletearon fuertemente para ascender a mayor altura. Desde ahí, planearon en círculos para estudiar el lugar, detectar las corrientes de aire y la presencia de alguna víctima incauta. Justamente en ese momento, atravesando el campo visual un par de kilómetros debajo de ellos, iba una bandada de patos y uno de ellos, aleteaba esforzadamente para no quedar rezagado. El halcón dijo:

-Ahí va tu presa, mejor no podía ser. Desde aquí te lanzaras en picada para golpearlo. Tal vez no logres matarlo en el aire porque él es más grande que tu, pero caerá mal herido. En el suelo, lo estrangularas con tus garras y picotearas su cabeza hasta que muera. No es lo usual para cazar porque maltratas la comida pero considerando tus atributos, es la mejor estrategia.

Torogoz temblaba de frío y nervios. Un agudo "kreeeeeeeeee" del halcón en las alturas retumbó en el cielo como pistoletazo de salida. Separándose del círculo, Torogoz plegó sus alas y se dejó caer hacia el pato; con ligeros movimientos de las largas plumas de su cola, rectificó suavemente la dirección del descenso. Unos metros antes de impactar al pato, ajustó otra

vez la cola y cabeza simultáneamente, de forma tal que el cuerpo rotó, dejando las garras extendidas un instante. Antes del golpe mortal, lanzó su grito de batalla. El sonido casi amistoso hizo que el pato descubriera el daño próximo a recibir; trató de aletear desesperadamente pero ya no podía escapar de la trayectoria del aprendiz de ave rapaz. Solo quedaba esperar resignado el impacto inminente.

A punto estaba Torogoz de embestir cuando un pulso de conciencia lo distrajo, pegándole al pato en la cola y no en el cuerpo. Por un instante, el golpe mal asestado dejó inconscientes a ambos, cayendo en espiral al suelo. Una saeta negra azulada aterrizó a su lado.

-Estúpido, titubeaste, exclamó el halcón enojado.

-Calculé mal, quiso justificarse Torogoz avergonzado.

-Mentiras pero ya no importa. Mátalo como te dije.

Torogoz atenazó el largo cuello del pato, apretándolo con sus garras. Repentinamente soltó la presión y dijo apesadumbrado:

-No puedo.

Apartando bruscamente a Torogoz con su ala, el halcón clavó su pico en el pecho del pato. Un leve estremecimiento antecedió los pequeños borbotones de sangre que mancharon las plumas blancas alrededor de la herida abierta. Tal cual experimentado carnicero, el halcón desgarró los órganos internos de la víctima. Se separó del cuerpo, con el pico goteando de sangre y los ojos inyectados con el peor de los desprecios.

-Débil, ¿de qué te sirvió tanto entrenamiento?. Pájaro Oscuro no tendrá los mismos escrúpulos y misericordia. Seguramente morirás. Perdí el tiempo contigo. Vete de aquí.

Haciendo alarde de fuerza, el halcón afianzó al pato con sus poderosas garras y voló hacia la cueva de los trofeos para continuar con su festín de sangre. Torogoz se marchó del risco del espolón con la pena de tener un buen corazón, que de nada le serviría para enfrentar a su enemigo sobrenatural.

La gran ciudad

Había pasado casi un año desde que saltó del precipicio en persecución del Jilguero. Durante ese tiempo, conoció a la lechuza y el halcón con quienes desarrolló habilidades que antes no poseía. Aun así, todo era insuficiente para decantar la balanza a su favor. Lo invadía el miedo propio de las

misiones imposibles pero algo indefinible bullía en su interior que le inspiraba pensar que esta prueba la podría superar.

Siguiendo un ancho sendero semejante a una serpiente negra y de líneas blancas en el centro del lomo, fue fácil llegar a la gran ciudad. Al anochecer, la serpiente se ramificaba en pequeños y numerosos senderos que se enchufaban a una infinidad de diminutos resplandores. Torogoz se detuvo en un árbol para contemplar embobado el espectáculo hipnótico de la gran ciudad. Se arrebujó en una oquedad del tronco y durmió profundamente.

Le despertó una mezcla indiferenciable de ruidos y el fuerte sol. Era el día de la cita con Pájaro Oscuro. Tenía muy presente las indicaciones de la lechuza: obligadamente debía atravesar las entrañas de la ciudad para encontrar el lugar de la cita. Voló la mañana y buena parte de la tarde por construcciones grises y blancas, torres de espejos y más serpientes negras con sus bulliciosos y veloces artefactos metálicos de todos los tamaños imaginables. La noche asaltó a Torogoz con un poco más que avanzar para llegar al extremo profundo de la ciudad donde se ubicaba el amate.

En lo que restaba de camino, Torogoz pensaba en las consecuencias que traería el encuentro, ineludible si aun con todo lo visto, quería realmente alumbrar todos los rincones de su corazón.

En la claridad de la noche, fácilmente se distinguía en medio del llano el único árbol de baja altura y copa ancha. La madrugada era el silencioso espectador que aguardaba debajo del amate. Cables mal enrollados de madera ancestral conformaban el grueso tronco, de cuyo centro se abría paso un orificio cavernoso. A partir de ahí, las ramas se desperdigaban como efluvios quejumbrosos que sostenían el follaje discontinuo por donde se filtraba la luz de la luna.

Un fuerte viento caliente sopló del sur y el cielo se inundó de rojo. Un pequeño agujero se abrió en el espacio, agrandándose como un rombo rojo purpura por donde emergieron Pájaro Oscuro con sus ojos llameantes y el Jilguero, quienes encontraron al taciturno Torogoz en la rama más cercana al orificio del árbol.

-Viniste... te ofrezco mis respetos por el valor de presentarte, exclamó Pájaro Oscuro.

- Tal vez sea mi triste destino estar acá y aunque mis probabilidades de vencerte sean mínimas, te enfrentaré. Pero primero libera al Jilguero y rompe ese pasatiempo interminable de venganza que tienes hacia mi aldea, respondió Torogoz.

-He quemado tantas aldeas, he esclavizado tantas almas.... Una más, una menos, que más da. Pero no me da la gana complacerte en lo que me pides, no serás tú quien me diga que hacer.... Te lo tomas demasiado personal. Pues bien, vénceme y salva al mundo.... o pierde inevitablemente tu vida, sentenció el espectro y luego lanzó una carcajada gutural.

Una explosión se escuchó desde el interior del tronco y grandes lenguas de fuego azul ópalo brotaban del orificio, lamiendo la madera sin quemarla. El olor a azufre era intenso. Frente al orificio, el cuerpo de Pájaro Oscuro era tan negro que parecía un profundo abismo engulléndose el fuego; la silueta del Jilguero agazapado al lado, traslucía centelleos de color azul acero.

El cielo retumbaba y los relámpagos tal cual hilos luminosos, daban puntadas intrincadas en las nubes rojo granate. Pájaro Oscuro extendió su ala como antena y los relámpagos descendieron, dibujando un recorrido garrapateado para concentrarse en una chispa efervescente en la punta de su ala. Agitándola varias veces en el aire con un movimiento oscilante, disparó la chispa que describió una trayectoria blanca hacia el perplejo Torogoz, quien a duras penas logró esquivarla. Después vino otra descarga, y otra, y otra.

Torogoz tomó conciencia de que nada de su entrenamiento le serviría para revertir o con suerte, repeler la gravedad de la situación. En medio de la creciente impotencia, tuvo una inspiración, talvez pequeña pero que en ese momento de angustia podría ser el último asidero para salvar la vida. Del álbum de su memoria sacó las fotografías del Jilguero y todos los sentimientos que guardaba se conjugaron en su pecho, tiñéndole las plumas de fluorescente naranja. Un grito desbocado de batalla explotó como la canción no cantada.

La cantidad de decibeles era tan potente que la energía se materializó en forma de una muralla naranja alrededor de Torogoz. La imagen era de fantasía: el pájaro cantaba y el espectro enfurecido disparaba interminables ráfagas que se estrellaban en la barrera. La canción aumentaba de intensidad pero no era suficiente para vencer a Pájaro Oscuro, quien arreció la fuerza y frecuencia de sus ráfagas. La barrera comenzó a retroceder.

Viendo que la balanza se inclinaba hacia el lado odiado, el Jilguero reunió valor y voló a una rama lateral para unirse a la canción de Torogoz; de cierta manera, su corazón la conocía, la compartía. El refuerzo sonoro empujó al espectro a la entrada del orificio llameante del amate. Las líneas de su silueta parecían evaporarse, observándose irregulares y carcomidas.

En un último arranque de rabia, Pájaro Oscuro invocó la mayor cantidad de relámpagos que cualquiera hubiese visto y los concentró en una humeante chispa roja. Justo antes de dispararla, una sombra chocó a gran velocidad contra Pájaro Oscuro y lo arrojó al interior del orificio llameante; era el Jilguero quien no pudo evitar caer también en medio de las violentas lenguas de fuego. Sin embargo, la descarga logró ser disparada, traspasando el ala derecha de Torogoz.

Había vencido y debía iniciar el largo peregrinaje de regreso con profundas heridas en los planos natural y sobrenatural. Atrás quedaba la fogata infernal del amate y frente a él, las luces de la gran ciudad, tan fascinantes y a la vez tan crueles que se desvanecían en procesión para dar paso al amanecer. Durante el camino mucho murió, un poco resucitó y algo nació en Torogoz. El año vivido fue un tiempo sin gravedad. Es decir, cuando las razones son claras, cualquier decisión es justificada. Pero ¿qué se puede opinar de tantas aventuras que mantuvieron flotando a Torogoz lejos de la realidad, sin aterrizar? ¿Acaso el halcón peregrino se habría arriesgado basándose en corazonadas sin fundamentación? Jamás. Solo Torogoz. Tal vez por tonto o porque quizás vio algo en el Jilguero que los mortales nunca consiguieron captar.

IV parte

El niño poeta

Al final del horizonte se asomaba una agrupación de rocas, justo lo que buscaba para detenerse y descansar. El pájaro sentía un cansancio distante, muy hermanado con la vaga noción de una prolongada permanencia en el aire. El cielo gris opaco y la fría levedad del viento anunciaban una tormenta. Debía encontrar cobijo, pronto.

Aterrizó en la breve explanada que antecedió a una cueva tallada entre las rocas por los topes del tiempo. Se miraban pisadas, residuos desperdigados de carbón y algunas piedras arrastradas de un lado a otro, pruebas de que alguien vivía ahí. Del fondo oscuro de la cueva emergió una pequeña figura. Iba descalzo y usaba una manta blanca como túnica anudada a un lado, dejando desnudo el lado izquierdo del pecho. Era un niño de pelo liso, un poco largo, que le cubría buena parte de la frente. Sus ojos eran negros y rasgados, nariz pequeña y esbozaba una sonrisa a medio camino. El color cenizo de su piel delataba alguna grave enfermedad. Saludó con la mano en alto y dijo:

-Vienes a tiempo, la tormenta está cerca y seguro tienes frío. Acércate y prepararé fuego. ¿Cómo te llamas?.

El pájaro dijo su nombre mientras el niño apilaba unos leños en forma de volcán a la entrada de la cueva. Tres chispazos provenientes de unas piedras rompieron la incipiente oscuridad y de un puñado de yesca seca nació una pequeña flama que fue invadiendo lentamente el cuerpo de los leños. Convidando al pájaro del calor danzante de la fogata, el niño retomó la palabra. Comenzó a llover.

-Parece que estas desubicado. No te preocupes, cuesta un poco encontrar el rumbo en este llano gris sin principio o final. Te acostumbraras.

-Debo regresar a casa, ¿sabes tú como salir de acá?, preguntó el pájaro.

-Si, aunque estamos lejos, respondió el niño sentándose a un lado del fuego.

-¿Y que haces acá?, volvió a preguntar el pájaro intentando sacar un poco de platica.

-Hace más de un año baje de una montaña para reencontrarme y olvidar. No he tenido mucho éxito; de hecho, se ha afianzado más, respondió el niño.

El pájaro también huyó del sofocante estanque por las mismas razones. Antes de manifestar su empatía hacia la misma causa, este decidió callarse y ver en que acababa este raro encuentro. El niño, con un gesto de sabiduría que dan los kilómetros trotados, agregó:

-¿Sabías tu que todas las cosas vienen en pares?. Si sus vínculos son evidentes, por más que se pretendan alejar, tardan poco en reunirse. Porque la verdadera complementariedad es magnética desde los más elevados sueños hasta la simpleza de respiración. Pero otras veces, como me ha sucedido a mí y creo que a ti, hay que salir a buscar en la inmensidad con un esbozo de boceto como única pista de orientación.....

El niño detuvo bruscamente su explicación. Un punto luminoso naranja apareció en el lado izquierdo de su pecho, que se fue agrandando hasta adquirir el tamaño de una manzana. Introduciendo sus pequeños dedos en la luz, hurgó dentro. Jalando con un poco de fuerza, sacó una esfera luminosa y el pecho inmediatamente se apagó. Hizo flotar la esfera con un ligero movimiento de muñeca. El niño la contemplaba fijamente como si leyera en su interior; unos segundos después, empezó a narrar.

Cuando finalizó la narración, el niño estrujó la esfera. El resplandor de la fogata delató un gesto de dolor en su rostro mas descompuesto y cenizo. Un violento acceso de tos húmeda lo dejó temporalmente sin aire. Al finalizar los espasmos, retomó la conversación.

-Ella tiene nombre y sé dónde está. No tengo capacidad o posibilidad de traerla conmigo y tampoco he sido muy efectivo en la tarea de perderla. Lo único que he logrado desde que bajé de esa montaña lejana es extrañarla más. He caminado incansablemente, sudando todo menos la gran tristeza que llevo dentro. Y estas esferas que ves que salen de mi pecho..... al principio no le di importancia a palabras nacidas como olas orgullosas destinadas a alcanzar la orilla escogida. Eran casi un consuelo, una manera de tenerla cerca. Pero a la larga, este desahogo ha terminado siendo una hemorragia descontrolada que se roba mis mejores trozos. Tuve que detenerme, no me siento bien.....

-Te entiendo. Yo me enclaustré en un estanque durante mucho tiempo y el rutinario autoflagelamiento al que me sometía, afirmaba más la tristeza. Y cuando esta se acumuló demasiado, huí desesperado, afónico del alma de tanto cantar al vacío. He volado infinidad de lunas y más allá de perderlo, pareciera que más lo conservo, confesó el pájaro.

-Mi amigo, hemos sido nosotros quienes decidimos perdernos en busca de atajos irrelevantes. Sin embargo, tengo la corazonada de que algo desea que corriamos tanto mal paso dado y rectifiquemos el significado de la predeterminación bajo nuevos ángulos y dimensiones, afirmó el niño más cenizo y jadeante.

Afuera, la lluvia arreciaba. El niño calló y miraba sus manos como si se arrepintiera de la autoría de algo que ellas hicieron. Una nueva luz emergió de su pecho, no la esperaba. La extrajo con mucho dolor y a duras penas la pudo narrar. Su respiración era rápida, interrumpida frecuentemente por las insolentes arcadas. Las pupilas ya no le respondían al cambio de luces de los relámpagos que estallaban afuera. Profusas gotas de sudor caían al suelo, movidas por los marcados temblores que sacudían su piel gris oscura.... repentinamente el niño se desmayó.

El pájaro contemplaba atónito la escena y no hallaba que hacer. Tenía dos alternativas: volar de ahí inmediatamente, dejando al niño morir; no, no era tan desalmado con alguien que poseía una misma carga que recordó en ese momento:

Si alzaba la vista, un llano de alto herbaje dorado se desplegaba hasta difuminarse con el horizonte. Con sus alas extendidas, rozaba delicadamente la hierba, meciéndola elegantemente; las motas y partículas de polvo levantadas, flotaban como puntos luminosos bajo la omnisciente presencia solar. Un revoltoso arroyo azul negro atravesaba el campo en cuyas orillas sobresalían grandes rocas gris basalto constantemente salpicadas por el paso agitado del agua. En una de esas rocas estaba el Jilguero, en la plenitud de sus colores, puros y francos.

Al volar a su lado, una mirada se encontró con la otra, revelando complicidad dentro del plan maestro al que pertenecían. Ya no existían cadenas. Volaron, hicieron piruetas y toda suerte de filigranas grabadas en el firmamento. Cuando cayeron rendidos por el cansancio, repitieron el estribillo de su canción, la que nadie conocía o entendía excepto sus corazones:

No hay final

Pueda que las palabras cambien de puesto

Que estén vendidos nuestros tiempos y cielos

Que la distancia empolve nuestras fotografías

Aun así, yo regresaré y te encontraré

En cuerpo o en alma, te encontraré

Es una promesa de eternidad.

No hay final.

Solo eran ellos en sus estados más virginales, compartiendo la felicidad primordial. Sin fingir o pretender. Solo ellos dos. Sin embargo, el reloj de arena dispensaba sus últimos granos, indicando que el regalo de tiempo tocaba su fin; planear alto, alejado de la realidad tiene su precio. ¿Injusto?, Si, mas no existía otra posibilidad.

No hubo momento idílico o palabras elocuentes para despedirse. Nuevamente una sencilla mirada, cables indelebles que transmitían ese profundo sentimiento que deja huellas tan patentes como para seguir las hasta el más allá del allá.....

Esa era la película que miró todos los días en el estanque mientras cantaba. En un inicio cuando no era tan desquiciante, era lindo, casi una necesidad abstraerse de la realidad disfrutando esa mezcla de recuerdos e imaginación. Ahora, su participación por activo o pasivo era un opio reminiscente tan pernicioso, doloroso e insostenible, que ya no le permitía diferenciar su adicción con la realidad. Después de mil y una fórmulas tratando de reinventarse, nada funcionaba contra el capricho con cara de destino que al menor intento de escape, lo estaqueaba dejándolo impotente con las extremidades extendidas, con el cruel rechinido de la rueda de su memoria hostigándolo sin cesar. Por las noches, era la decepción de que nadie llegaba a desclavarlo. No sucedía, no ahora, no pronto, talvez nunca. Si lo que a diario vivía no lo dejaba encontrar la paz, ¿Cuál era entonces el sentido de sobrellevarlo o tratarlo de justificar?. No

tenía esperanza, estaba desahuciado.

A su lado, yacía en el suelo el niño que todavía respiraba. Dios sabía de qué manera lo entendía, con la única diferencia, una ventaja más bien, que a quien el niño buscaba, moraba en otra montaña, no carbonizado en el fondo de un amate. El niño tenía una luz de esperanza, remota pero real. Por lo tanto, decidió tomar la segunda alternativa: de lo más recóndito de su pecho, extrajo la canción que masoquistamente orientaba su vida. Como siempre, las notas eran espinas que herían, dolían. Aun así, la entonó tan brillante y tan fuerte como la primera vez. Los decibeles de su canto hacían vibrar cada molécula de su cuerpo. El viento levantaba las hojas cercanas y las disparaba contra el pájaro. Al principio chocaban contra él y caían al suelo pero empezaron a traspasar su cuerpo que había perdido definición y volumen. Transmutó a una nube de gas que flotaba sobre la cabeza del niño. Dejándose aspirar completamente, lo que antes fue el pájaro desapareció. La tormenta ya era fino rocío en la madrugada.

El niño tosió muy fuerte. Pretendió ponerse de pie, pero cayó en cuatro patas sin poder contener lo que llevaba dentro: una gran cantidad de líquido viscoso parecido a melaza que arrastraba todas las esferas que llevaba dentro, aun las inmaduras. Quedó tendido a un lado del vomito oscuro proveniente de sus entrañas.

Lo más extraño sucedió: la melaza se fue juntando hasta conformar una masa que adoptó una figura, la de un felino que se levantó del suelo y con pasos perezosos tomó distancia del cuerpo tendido a su lado. Se volteó mostrando oscuros dientes, gruñendo amenazador. Sus ojos centellearon, delatando una salvaje intención. Justo en el instante que se abalanzaba a devorar lo tendido, una luz naranja envolvió y elevó el cuerpo del niño. El felino de melaza huyó asustado, adentrándose en la madrugada.

Después de pender un rato, la brillante esfera se quebró como cascara, descubriendo el prodigio que contenía: una figura, desnuda e infantil fue depositada en el suelo, rodeada de un tenue halo naranja sobre una piel rosada y sana. De la parte alta de su espalda extendíanse dos plumas negras y largas, con ocelos turquesa que se movían nerviosamente para suavizar el aterrizaje.

Abrió los ojos, percatándose que sin la melaza, la perspectiva tenía otro color. Llenó sus pulmones con aire de libertad. El niño poeta agradeció al pájaro por su sacrificio. Él se encargaría de cerrar los círculos, el suyo y el de su atormentado benefactor.

La niña

Los gatos se adelantaron y brincaron a ocupar los asientos acostumbrados sobre la piedra de la teta. Su ronroneo parecía reclamo a la niña; ella venía detrás, vistiendo la sonrisa más radiante que pudo conseguir para la ocasión. Aunque habían transcurrido meses, ella traía la prístina esperanza que el niño estuviese ahí como siempre.

El niño no estaba, y la apariencia de abandono por el descuido de la hierba y las margaritas, la embargaron de una gran decepción; pero el ambiente, el ambiente continuaba imperdible. A veces, en los días de nubarrones existenciales se preguntaba por qué sintiéndose tan a gusto en ese hermoso lugar, decidió irse. Ahora de nuevo, presenciando la paleta de colores y respirando el aire fresco, se desconcertaba por la curiosidad, tal vez necesidad, por regresar al rincón del que ella misma se desconectó.

La niña era muy querida por su alegría y llevaba una vida sin apuros, de cierta manera, arreglada si así lo disponía. No obstante, pequeños abismos de afecto y uno que otro demonio que la agobiaban, habitaban en su interior y eran voces que debía acallar; para tales fines, le venía muy bien salir a explorar los gustos del amplio mundo. En una de sus tantas vueltas, acabó en la teta.

La montaña que habitaba el niño fue un hallazgo casual y jamás sospechó que ahí hallaría paz, cariño, tal vez sanación. Cuando el carril de sucesos iba rumbo a la estabilidad, de repente, el niño dejó de acudir a las citas. Ella esperó, esperó más, luego se resignó y finalmente se marchó. Era cierto que una semana hubo un temporal, ¿pero después?. Volvió a explorar y lógicamente encontró una nueva montaña con alguien más. Ahí decidió asentarse porque sintió constancia en la afectividad y seguridad recibida.

Todo lo anterior era comprensible pero eso no respondía sobre su presencia en la teta. De la gaveta revuelta de su memoria empezó a sacar cosas y las fue ordenando en grupos sobre la manta extendida de su mente. Casualmente, el volcán grande correspondía a los detalles prodigados por el niño. Le encantaban sus detalles, más nunca fueron suficientes. Tal vez se debía a esa simplista costumbre de abrir la gaveta y echarlos dentro sin valorar su completa significación.

Sentada en la piedra con la mente extendida, el velo de la minimización y negación se levantaba, dándose cuenta de los vacíos conceptuales en sus decisiones. Ya era de noche y el viento empezó a soplar casi rimando. Prestándole atención, la niña distinguió el patrón de un soneto:

Niña hermosa de ojos entornados.

Espíritu generoso, temple indómito y corazón soleado.

Perfeccionadora de hombres en tus caminos fijos.

Brisa alegre que inspira trovas y poemas apasionados.

Déjame decirte que allá afuera

hay alguien que por ti libra mil batallas

con la exigua espada de tu sonrisa habituada,

un breve soslayo de mirada y un puñado tuyo de palabras.

Aún insiste en jurar lealtad a tu causa

con tal de recibir de tus manos, la flor y el pañuelo

que le confirmen ser merecedor de tu afecto y apego.

Ese devoto, solo equiparable a viejos campeadores,

mientras no lo premies, será ausente en esta montaña.

El ruido de los gatos escarbando al pie de la piedra, sacó a la niña de la frecuencia donde el soneto del viento tañía. Ella se acercó y vio un bulto parcialmente desenterrado, que terminó de extraer con sus propias manos. A la luz de la luna, se distinguía un caracol blanco y rayas café envuelto en una manta amarillenta. Lo frotó esperando que le concediera un deseo; lo sopló por si escuchaba alguna peculiar melodía. Se lo puso al oído y tropezó con una sonoridad enorme, alguna vez audible para toda la humanidad menos para ella.

No lo vio venir. La carga emocional era desbordante. Lloró. Porque no hay nada peor que las vendas caídas y las apuestas dudosas desenmascaradas. Porque su falta de correspondencia hacia algo bonito le lastraba la conciencia y aun así, le resultaba más conveniente ignorar. Porque la gran verdad entre sus manos la empujaban a llorar por una tardía maternidad. En medio de la noche, el pecho de la niña se encendió y un rombo color naranja fluorescente, parecido a una cometa, salió flotando. Con gran respeto, el viento lo encaminó hacia el destino correspondiente.

V parte

La mañana tomó desubicado al niño poeta quien no tenía la menor idea por donde comenzar a cerrar los círculos. El viento envió una suave brisa que le susurraba "sígueme hermanito" y así lo hizo. Mientras volaba junto a su guía, observó como el paraje cambiaba de color verde a café, marcando el final del frescor y el inicio de un horno. Los arboles iban escaseando y sus ramas secas parecían lúgubres garras con el único propósito de impedir cualquier avance. Los animales vivos cambiaban a cadáveres, luego a carcasas de los que colgaban músculos y piel en girones secos; finalmente, eran esqueletos blancos concienzudamente mondados por la desolación.

Cuando el calor se volvió intolerable y el aire difícil de respirar, comenzó a volar de noche. Al amanecer se detenía por comida y bebida, que también escaseaba a medida avanzaba. Se arrimaba a troncos escuálidos, aprovechando trocitos de sombra que le permitiesen dormir un poco mientras pasaban las duras horas de calor. Cercano al atardecer, se despertaba sudado como si tuviera fiebre y desgastado por el cansancio, la falta de alimento y la deshidratación sedimentado en su cuerpo.

Un día se alentaba por algún detalle diferente al paraje o el clima y al siguiente, todo seguía siendo igual o peor. Se desesperaba intentando resolver una adivinanza sin santo o seña y cada vez más se orillaba peligrosamente al punto de decisión entre continuar por honor o dejarse llevar por el tacto aterciopelado de la muerte, un destino mucho más agradable que el actual. De un tiempo atrás, el sabor a derrota solo le provocaba apostasía hacia cualquier tipo de espiritualidad. La factibilidad jugaba en su contra y aun así resistía, empujado por una fuerza misteriosa.

Eventualmente, voló en automático, sin noción del tiempo y distancia recorrida, hasta que la fuerza misteriosa claudicó y se estrelló inconsciente en la arena. Ahí lo asaltaron las tres clarividencias.

1

El niño estaba de pie en la punta de un peñasco. Frente a él, una oscuridad profunda de la que emergían dos cosas: unos ojos rojos que refulgían como braseros y las palabras proferidas por una voz gutural, que eran casi una violación a sus oídos.

"¿Adónde vas, niño poeta?, ¿qué sigues buscando, una persona, una idea o un delirio?. De ti salieron palabras para rastrear un destino, ¿han vuelto?. Has levantado castillos contruidos a punta de tu sangre, sudor y lágrimas, ¿los habitas? Vuelas de aquí para allá correteando un sobrenombre, estimulándote con flecos de una historia insatisfecha, tarareando en soledad una estrofa de una canción sin cantar, ¿te

satisface?. Buscas afanosamente la amplia sonrisa que te dé sentido, la mirada que te indique el camino, las manos cálidas que te anclen al suelo, y no hallas nada. Debajo de esa gran esperanza a la que te aferras, una araña de dudas y ansiedades te oprime el pecho porque temes. Temes que lo buscado resida definitivamente en la montaña que te rehúsan divisar. Temes que la pista, la señal que justifica esa esperanza nunca flote a tu orilla. Temes que el cuerno que anuncie su llegada nunca suene o no lo oigas. Temes que tus esfuerzos por prevalecer le importen a ella tu otro cuerno. Temes que la supuesta predestinación sea ficción. Jajajajajajajaja, temor, temor, temor. Eres igual a tu habitante interior, que nunca aprendió, jajajajajajajajaja.....crees que no hay final. Tonto, el mundo se escapa como agua entre tus dedos y si te fijas solo te quedan gotas a las que aferrarse....”

Le habían leído el alma y oír sus propios miedos en boca ajena, escocía profundamente. Un relámpago irrumpió la oscuridad y en ese instante, la inmensa masa oscura de ojos rojos adquiriría un cuerpo, el de un ave negra furibunda que se abalanzaba hacia el.....

2

Un llano de alto herbaje dorado atravesado por un revoltoso arroyo de aguas azul negro estaba frente a él. Voló en dirección inversa al curso del arroyo hasta toparse con una pared de piedras pulidas y betas de musgo, de la cual escurrían cordones de agua que se juntaban en el suelo para formar el cauce oscuro que recién acababa de remontar.

Rodeó el nacimiento del arroyo, siguió un largo sendero y divisó un bosque. Acercándose al conjunto, se percató de una particularidad: eran robles que en lugar de hojas tenían letras, rojizas, amarillas o cafés, todas de colores otoñales, colgadas o caídas en el suelo, formando una alfombra que crujía a cada uno de sus pasos. La luz penetraba por manojos entre las ramas creando un ambiente sobrio, no del tipo triste sino de aquel confortable al que siempre se desea volver. El aire era tan brumoso y espeso que podría cortarse una rebanada y comerla con todo y sus chispitas brillantes de pequeñas mariposas. No obstante, se respiraba ligero, suavemente frío y perfumado a madera y floral después de la lluvia.

El amigo viento, acelerado y constante descendió de las grandes alturas como si fuese lanzado por un ser superior e ingresó al bosque, galopando robusto entre los árboles, bramando un nombre. A su paso arrancaba letras de las ramas y levantaba las del piso, acarreándolas hacia las alturas de dónde provenía. Las letras volaban veloces y en el flujo rápido de la corriente, como si ya supieran su puesto en la vida, se ordenaban en palabras, estas en oraciones y estas en esferas luminosas que se

alejaban. "Con que así se forman las esferas...", pensó el niño.

Atravesó el bosque hacia una arista de terreno, similar a una terraza, en la cual estaba construida una pérgola de madera y techumbre con jazmines blancos colgantes. La pérgola era una caseta desde la cual se vigilaba el límpido lienzo celestial en el que se estampaban valles, lagos, bosques, el mar y algo que nunca había visto en su vida: las estrellas más grandes y brillantes, mas que una noche despejada.

Habían tres cosas resguardadas debajo de la pérgola que también llamaron su atención: primero, una fuente de piedra pulida, con un plato poco profundo de cuya orilla sobresalían tres picos equidistantes con un orificio en la punta. Segundo, una especie de artilugio metálico color cobre sobre una base hecha de la misma piedra de la fuente, que ensamblaba múltiples aros concéntricos que giraban alrededor de varios ejes, los cuales tenían pequeñas esferas insertadas que también se movían. Y tercero, un reloj de arena. Frente a la pérgola, confluyeron varias ráfagas ululantes que se juntaron para formar una turbulencia. El viento compareció.

-Hola hermanito, Te presento el lugar donde nacen los versos que salen de tu pecho. Este es tu corazón, gentil e ingenuo, esplendido y repleto de imaginación. Tú escogiste este lugar, sembraste cada bellota y seleccionaste la paleta de colores. Este es tu punto de partida.

"Durante un buen tiempo, tu corazón fue oscuridad. Todos los sentimientos puros que nacían de ti, se fueron distorsionando. No sé por qué pero tus esferas traían rabia que se acumulaba como escoria sin que te dieras cuenta. Cuando la toxicidad fue demasiado, caíste enfermo y no pudiste continuar el viaje. Gracias al sacrificio del pájaro, expulsaste la escoria de tu sistema y recuperaste la pureza dentro de tu corazón.

¿Ya viste las estrellas? Lindas, verdad?. Son diferentes a las de tu realidad, nunca se apagan del firmamento. Y al igual que la luna con las mareas, influyen constantemente en tu forma de actuar y pensar. ¿Nunca te has preguntado por qué algo o alguien te "late" más que otros? Y cuando sientes ese escozor en tu pecho, tampoco te preguntas por qué te empleas más a fondo?. Son estas estrellas que se corretean en circuitos cósmicos, que se alinean y juegan a la geometría. Te convierten en un matraz donde se mezclan tus humores vitales en proporciones alquímicas para intensificar o trasegar tu comportamiento, para voltearte como calcetín, para que vuelas, encalles o naufragues. O dime tú, ¿por qué caminas con confianza en rumbos desconocidos?. No es magia o instinto quienes te mueven caprichosamente. Se llama astroquímica la vitalidad que galopa en la sangre de tus venas..... Es el algoritmo que ordena tus palabras, el origen de tus esferas y de la canción no cantada, la razón del sacrificio del pájaro o la fuerza misteriosa que ha traído a la mitad del

desierto”.

En ese momento se movieron las esferas del artilugio metálico, quedando todas perfectamente alineadas. De los picos de la fuente manaron tres chorros de líquido a presión, colores blanco, transparente y rojo, encontrándose en el centro del plato de la fuente a medio metro de altura. El punto de encuentro era un destello cuyo último pulso obligó al niño a cubrirse los ojos con su antebrazo. Cuando cesó, cayó al plato una piedra roja con un suave sonido seco. El niño la tomó con sus dedos índice y pulgar, sintiendo un correntazo a lo largo del cuerpo. El viento continuó:

-Esa es la piedra de tu corazón. Es un regalo para que puedas concluir tu viaje. Póntela en el brazo. Ella te guiará y dará fuerza para escapar de tus más oscuros extravíos

El niño colocó la piedra en su brazo derecho, a nivel del bíceps. De la piedra salieron filamentos metálicos que rodearon ajustadamente el brazo en forma de brazalete. El viento hizo su argumento final:

-Conozco la dirección de los afectos de ambos, e involuntariamente aunque lo nieguen, los dos ansían un reencuentro que cierren sus círculos positivamente. Eso no sucederá en el futuro próximo; para mientras terminan de enfrentar el mal, les tocara jugárselas con círculos abiertos. No se preocupen y confíen en la astroquímica. En su momento, las esperas, las tristezas, las pruebas, los esfuerzos y silencios, tendrán su significado y desenlace. Buena suerte hermanito, prosigue tu jornada.

La turbulencia se dividió en ráfagas componentes y se marchó silbando en varias direcciones, dejando al cielo con las estrellas deslumbrando como nunca.

3

Le molestaba el sol directo a su cara. Cuando terminó de despabilarse, reconoció el pequeño estanque donde todo comenzó. Los almendros de la ribera y las nubes del cielo reflejaban su imagen en el agua quieta, perturbada solo por el picoteo de las inquietas libélulas que tocaban la superficie y luego se perdían entre los juncos en empalizada.

Del follaje de uno de los almendros, se asomó un pájaro de plumaje verde, celeste tornasol, amarillo y negro, con dos largas plumas de raquis desnudo y ocelo ancho que sobresalían de su cola. Voló para posarse sobre una piedra grande y de su pecho emergió un trino suave y hermoso, una canción no cantada que por la forma en que pausaba los versos y

retomaba los estribillos, daba impresión que cantaba a dueto con alguien.

Pero no había nadie más que el mudo estanque y un espectador, a quien se le estrujaba el corazón con cada verso porque los llevaba incrustados y aun recordaba el universo de supernovas luminosas tragadas por inmensos agujeros negros que aún le palpitaban dentro. Porque la película que corría en los ojos extraviados del cantante, también corrió por los suyos. Aturdido, el espectador se acercó a la piedra lo más natural que pudo. El pájaro detuvo el canto.

-Yo conozco tu canción, dijo el espectador.

-¿De dónde?, si esta es una canción que solo la conoce alguien especial, replicó el pájaro.

Alguien especial..... si, ahí estaba palpable e invisible entre los dos aunque morase en el hueco de un amate. No pudo soportar la tentación.

- ¿Me dejas acompañarlos?.

Tampoco hubo sorpresa por parte del pájaro ante el uso del plural, quien asintió y reanudó la canción. El espectador tardó un poco en incorporarse al trio, no por falta de práctica, sino por la emoción. La primera nota fue como hallar la miga inicial de un rastro oculto dejado para reencontrarse con algo querido y perdido, evadiendo todo esquema analítico de negación. Automáticamente, las subsiguientes notas desvelaron la identidad del fantasma entre los dos. La canción saltaba los muros del tiempo al revés.

..... No hay final

Pueda que las palabras cambien de puesto

Que estén vendidos nuestros tiempos y cielos

Que la distancia empolve nuestras fotografías

Aun así, yo regresaré y te encontraré

En cuerpo o en alma, te encontraré

No hay final.....

A medida la canción expiraba, ambos tomaron conciencia que se aproximaba el momento que tanto odiaban, ese en que el invitado invisible se marchaba. Trataron de estirar la canción lo más que pudieron pero se los comió la onda expansiva de la partida. Hubo un instante de silencio. El pájaro se disponía a repetir la canción cuando el espectador lo

interrumpió:

-Ya no sigas mi amigo, te haces daño.

-¿Qué más daño existe además de venir acá, rogar su regreso y nunca recibir respuesta?. Aun así, aquí estaré hasta que suceda, musito el pájaro.

-¿Por qué?, preguntó el espectador.

-No pierdo la esperanza, respondió el pájaro.

Qué difícil era hablar con un espejo necio y quebrado.....

-Estoy seguro que posees la esperanza más grande del universo. Sin embargo, todo posee una ventana y si la pierdes o no la encuentras, no correspondía asomarte por ella. Quisiste llegar lejos, dar todo y moriste en el intento; ahora deja de preguntarte si más adelante la oportunidad volverá. Tal vez si, tal vez no. Las incertidumbres son anclas que nadie debería cargar. Mejor aprende a llevar tus estacas como flor perfumada en la solapa, con honor y pasión en cada uno de tus sueños, dormido o despierto, aquí o allá.

Cuanto habría apreciado el espectador esas palabras antes de aislarse. Seguro el curso de la historia habría dado vuelta.

-Te propongo algo, continuó el espectador, la noche todavía es joven y sé que no quieres regresar a casa. Compongamos una nueva canción, una diferente.

La estatua que era el pájaro accedió a la propuesta. El dúo tejió un nuevo canto, igual a una larga frazada que en esa particular noche fría que compartían, les daría nuevo calor, proveniente de un amor perenne y generoso. Sus pechos fueron una fluorescente fogata naranja azuzadas por la inspiración en medio de la negra noche.

Cayó la noche.

Desvístete de los enojos y tristezas del día,

toma tu almohada y ven a este rincón

a oír mi canción.

Duerme mi niña hermosa y siente

*el mar lamer tus pies perfectos,
respira el tranquilo salitre que lo borra todo
y te sentirás mejor.*

*Duerme mi niña hermosa y escucha
los versos que encierran las gotas de la lluvia,
todas hablan de ti, de tus colores y dulzura.*

Seguro te sentirás mejor

*Duerme mi niña hermosa e imagina
que el viento premia tu misterioso encanto,
con infinidad de besos y caricias invisibles
y te sentirás mejor*

*Duerme mi niña hermosa y vuela rápido,
dejando atrás las nubes de tormenta.*

*Apresúrate que la tarde perfecta espera
y te sentirás mejor*

*Duerme mi niña hermosa y juega
con las estrellas colgadas en el tablero del cielo.*

*Muévelas con el dedo para armar tu propia constelación
y te sentirás mejor*

*Duerme mi niña hermosa y mira
que tus anhelos olvidados o nunca cumplidos
han regresado en la margarita que adorna tu cabello
y te sentirás mejor*

Duerme mi niña hermosa y hazte ovillo oyendo esta canción.

Aunque no me veas, aquí estaré en un arrullo perpetuo

Peinando con el corazón tu pelo suelto

para que siempre, siempre te sientas mejor

Amanecía y la canción de cuna así quedó terminada.

VI parte

Un rastro largo en la arena, como de serpiente infinita, quedaba atrás bajo el sol abrasador del desierto. El niño poeta de alguna manera pudo cruzarlo y ahora estaba frente a una enorme montaña de grises laderas y pico nevado.

Algo extraño le estorbaba en el brazo: al tocárselo, era la piedra roja incrustada en el brazaletes metálico, igual a la de su clarividencia. O sea, no fue un sueño, él lo vivió en verdad.

A unos pasos de donde estaba, se formaba una pequeña posa de la cual bebió agua hasta saciarse y lentamente se introdujo en ella para asearse y templar su cabeza dispersa. Luego del baño, encendió una fogata y al lado del fuego se sumió nuevamente en un profundo letargo.

Despertó todavía desubicado pero ya repuesto de la misteriosa travesía. ¿Qué hacía ahí?, se preguntaba. Considerando lo que el viento dijo en una de las clarividencias, la respuesta era fuertemente astroquímica. ¿Qué otra cosa podría ser?. Por lo tanto, sería de esperar que en algún lugar cercano hubiera pistas que condujesen a una explicación y habría que explorar los alrededores. Como las corrientes de aire estaban desbocadas y no se sentía en condiciones físicas de resistirlas, prefirió caminar y no volar para ser más minucioso en su búsqueda.

Un ruido ensordecedor alertó al niño poeta: era una avalancha de nieve y tierra que descendía rápidamente, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. El niño atestiguó la fuerza de la enorme ola lodosa que se precipitaba al fondo de un acantilado cercano. Quedaba claro el peligro ineludible: la montaña no daría facilidades en revelar sus secretos a los forasteros. Aun así, emprendió el ascenso.

El fuerte viento hacía que con cada paso dado, retrocediera dos; además, los agravantes del frío y el perezoso tránsito del tiempo, no eran de gran ayuda. A lo lejos, muchos árboles achicharrados regados en las laderas servían de percheros a miles de cosas que parecían hojas multicolores.

Acercándose, se dio cuenta que eran una infinidad de cometas retenidas en las ramas. ¿Qué significaban y cómo habían llegado hasta ahí?, se preguntó.

Los temblores descontrolados de sus miembros lo obligaron a detener el avanzado ascenso y sentarse haciéndose ovillo para retener el calor de su cuerpo. La piedra roja del brazalete comenzó a brillar e intuyó que algo importante podría estar cerca. En un máximo esfuerzo, se levantó y continuó guiado por la intensidad del brillo de la piedra.

Hacía ratos que la parte gris de la ladera quedaba atrás y ya caminaba sobre nieve; la cima estaba cerca, la podía divisar. A unos metros de la punta de la montaña, se erguía el último árbol de la montaña de cuyas ramas pendía una cometa color naranja que bailoteaba atrapada con el típico ruido de las veletas. El brillo de la piedra era más vehemente que nunca.... la cometa era la razón de su presencia ahí.

El niño poeta se acercó y extendió su mano para desenredar la cometa cuando el escalofrío de un mal presagio recorrió su espalda: detrás del pico apareció una estela negra que bajaba ondeándose como mantarraya en cámara lenta, plantándose frente al niño. Era la misma ave de la primera clarividencia, la misma que el pájaro enfrente en el amate y a duras penas le sobrevivió. Las brasas infernales de sus ojos escupían odio cuando bramó:

-¿Pensaste que había muerto y que te dejaría en paz?. ¿Qué no has aprendido que la maldad es refractaria y nunca duerme?. Te ves diferente pero sé que tu habitas ahí dentro, Torogoz. Esa maldita madrugada en la gran ciudad tuviste suerte; hoy vengo a reclamar tu alma de una vez por todas.

Abriendo su pico ampliamente, exhaló una columna de viento caliente y huracanado que hizo caer en cuclillas al niño poeta, forzándolo a retroceder varios pasos cuesta abajo. Se levantó adolorido y puso sus antebrazos en cruz. El ave volvió a exhalar sus vientos que chocaron contra la defensa. La piedra del brazalete brillaba con intensidad: un paso al frente, dos, tres, avanzaba, recuperaba el terreno perdido. Cuando el ave intentó arreciar su maligno soplo, la piedra roja lanzó un destello, dándole el vigor necesario para continuar ganando terreno. El demonio alado detuvo su inefectivo ataque y mascullaba insultos ante la inesperada resistencia. Ambos contendientes resollando por el esfuerzo, quedaron frente a frente, aguardando quien haría el primer movimiento.

Un rugido irrumpió la escena.

De la nada, apareció el felino de melaza quien se puso al lado del ave negra. Carcajeándose descontroladamente, el ave ascendió unos metros y cayó en picada para impactar el cuerpo del felino. La melaza engulló al

espectro. Ambas materias se convirtieron en una amalgama negra sin forma que comenzó a convulsionar en el suelo. La masa se amoldó, alargándose primero y luego extruyendo cuatro prolongaciones que conformaron las patas con las que se puso de pie. De la parte superior media de la espalda, reventaron un par de alas. De un extremo, una fuerte cola de león y del otro extremo, una cabeza de pájaro con los mismos ojos rojos. Abrió el pico, permitiendo que el ronco alarido retumbara el lugar con sus oscuras credenciales. Era el grifo.

El grifo y el niño poeta corrieron, lanzándose al choque. El sonido fue brutal. A pesar de la diferencia en tamaños, el niño poseía una fuerza considerable pero no lo suficiente para evitar que el grifo lo envolviera entre sus zarpas. Cayeron abrazados al suelo y rodaron mientras el niño esquivaba los picotazos húmedos de melaza. En un rápido movimiento, se separó del cepo de las garras.

-Jajajajajajajajaja, ¿Solo eso tienes?. ¿Con tan poco has venido a enfrentarme?. Muere entonces y entrega tu alma, se jactó el grifo.

De los ojos del grifo salieron disparados sendos haces de luz, tan intensos que desintegraban todo lo que se interponía a su paso. El niño poeta abrió sus piernas como compas y concentró su energía en el grito de batalla del pájaro que se materializó en una gruesa y densa muralla naranja para oponerse al impacto de los rayos de la bestia. Funcionó en la pelea del amate pero esta vez no, los rayos reventaron en pedazos la muralla.

El niño tenía costras de melaza, tierra y sudor adheridas en buena parte de su anatomía. El grifo emitió otro alarido, equivalente a un millar de almas gritando de terror y saltó repentinamente, lanzando un zarpazo lateral. El niño se desplomó hincado, con el brazo izquierdo goteando sangre que alimentaba un charco en el suelo. Estaba desconcertado pero no podía perder tan fácilmente la moral: juntó fuerzas y se abalanzó con gran velocidad para embestir al grifo con plena potencia.

El golpe atontó al grifo quien en respuesta soltó una serie de zarpazos alocados, que el niño evadió ágilmente pasando de largo. Quedando detrás del animal, rodeó su cuello pegajoso con el brazo herido y cerró la argolla aferrando la muñeca con su otra mano. El estrangulamiento provocó que el grifo encabritado, zarandeara al niño como banderilla en ventisca hasta romper el candado. Ambos cuerpos se separaron y en ese instante el niño poeta supo que esta vez tenía pocas probabilidades de salir bien librado de este formidable enemigo, que más temprano que tarde lo desgarraría hasta la última fibra de carne.

El niño poeta agachó la cabeza y comenzó a cantar la composición de la segunda clarividencia. La astroquímica fluía en marejadas: el resplandor de la piedra del corazón era tan intenso que invadía la totalidad de su

brazo derecho, convirtiéndolo en un miembro de color rojo translucido.

El grifo disparó sus rayos nuevamente, con la intención de desintegrar definitivamente al niño; la vibración en el ambiente expresaba la potencia del ataque. Entonces el niño levantó su mirada: sus ojos expelían llamas naranja fluorescentes. Alineó su brazo como fusil en dirección al enemigo y disparó una ráfaga de esferas rojas que colisionaron contra los rayos. Se formó una bola de energía que se agrandaba porque ninguno de los dos cedía en su afán de sometimiento. Finalmente estalló.

Se levantó una nube de humo que al disiparse, dejó ver al niño jadeante con el brazo rojo pulsando, volando en la parte alta del campo de batalla y el grifo herido en suelo firme, viendo al cielo con sus ojos carmesí electrificados. Preparándose estaban para un nuevo ataque cuando un estruendo se dejó escuchar: a causa del último ataque, una buena parte de la cima se desprendió y grandes peñascos rodaban hacia ellos. El niño en el aire pudo evadir las enormes piedras pero el grifo no logró librarse de la avalancha, arrastrándolo impetuosamente hacia la base de la montaña.

El niño poeta quedose flotando en el cielo un rato, esperando que el grifo se liberara del amasijo que yacía abajo excretado. La tapa de lodo y piedras era demasiado gruesa para sobrevivirla. La bestia estaba muerta o aprisionada por la eternidad. El brazo y los ojos del niño poeta volvieron a la normalidad.

Casi en la penumbra, dirigió su atención al árbol donde colgaba la cometa; todavía continuaba de pie. En vuelo silencioso se acercó y con sumo cuidado liberó la cometa. En uno de los bordes de su dorso, pudo leer un mensaje. Era algo que no esperaba, que no vio venir. Alzó la vista al cielo, las estrellas brillaban más que nunca en una particular formación; la piedra del brazalete vibraba en modalidad de afirmación. La astroquímica otra vez. Lloró.

El sol ya se escondía en el horizonte y no existiría mejor momento para finalizar la misión encomendada por el viento en su clarividencia. Soltó la cometa para que el viento la hundiera entre los colores oficiales del atardecer. El pájaro y el niño rompieron sus cadenas. Por tanto, el niño poeta era libre.

VII parte

En una de las tantas noches de retorno a casa, el niño poeta soñó que había escrito un libro sobre administración de pantanos. ¿Cuál pantano? se preguntó, si nunca había visitado o vivido en alguno. Pensándolo mejor, el pantano no era un lugar físico con manglares y cocodrilos, sino

la ciénaga en el que fue hundido por el tiempo: el tiempo preparándose y luchando contra seres malignos, el tiempo con el alma pendida por un hilo, el tiempo sometido al desgaste físico y mental, el tiempo esforzándose a tope sin ganar nada, el tiempo estaqueado en soledad..... tiempo, tiempo, maldito tiempo sin gravedad. El niño poeta solo quiso un rato de felicidad; ahora quería llegar a casa y existir en paz. En un ataque de furia, se desahogó en voz alta sin necesidad de esferas:

Tiempo, eres mi enemigo,

Tu tiránico galope no permite

preferencias, retrocesos o paradas;

siempre haces que llegue tarde

y me repartes nada o la peor parte.

Tu estela me obliga a preguntar

neceamente que sucederá cuando todos,

ella, la tarde o el mar se hayan ido de acá.

Las respuestas que proporcionas

en tu incesante esmero por borrar

tesoros de rostros y finalidad,

levantan ampollas de ansiedad.

Me mantienes atrapado

en un juego desleal del que

apuras la permanencia de la alegría

para que las penas ocupen su lugar.

Por ti tengo paredes kilométricas

rellenas con rayitas que llevan la cuenta

de lágrimas amargas una infinidad

*por tanto otoño sin primaveras
conmigo cautivo en prematura soledad.
Te encanta a mis esperanzas agasajar,
organizándoles fiestas
que cruelmente en el último suspiro
te pintas solo para sabotear.
Soy la novia de pueblo que te fascina burlar.
Por ti, el pasado me azota sin cesar,
sus heridas en el presente no puedo curar y
las cicatrices, si es que ocurren,
en el futuro me desfiguraran.
Vete tiempo a machacar alguien más.
Mejor confiaré en el caos atemporal*

En ese instante, en la pérgola de su corazón, el reloj de arena cayó al suelo y se congelaron inspiración, letras y esferas. Lo que no midió es que al renegar del tiempo, la astroquímica perdería su marco de referencia. El metrónomo de la naturaleza continuaría conduciendo el compás de las estaciones por ejemplo, pero el metrónomo astroquímico del niño poeta se detendría y la otrora luz de la piedra roja de su brazalete menguaría indefinidamente. Mucho quedaba enterrado con el grifo....

En algún punto de la jurada atemporalidad, el niño poeta caminó a un río cercano para asearse. Viendo su reflejo en el agua, el efecto del veneno del monstruo que él llamaba tiempo, había calado feo. No era cuestión de envejecimiento, de la ausencia de versos, auras, pechos encendidos y ojos llameantes; era cuestión de monocromaticidad. Viéndolo fijamente, su reflejo descolorido le habló:

-¿Sabes?, el que hayas repudiado al tiempo, no significa que este haya desaparecido. El sigue transcurriendo y tú sigues desperdiciando vida en la nada de la apatía.

-Entonces dejaré que transcurra y que me avise cuando sea el momento

de irse de este mundo, dijo con indiferencia el niño poeta.

-Lo peor de todo es que por evadirlo, apagaste tu corazón. ¿Ha valido la pena?.

-No he tenido sobresaltos y para mí, es suficiente.

-¿Solo y amargado es suficiente?. Tonto, nunca superaste la ciénaga, espetó el reflejo.

Si hubiese aceptado las ausencias y privaciones con deportividad y una sonrisa, si no hubiese bajado los brazos durante el último periodo indefinible de tiempo, su vida habría sido una simpática experiencia, digna de detallarse en el manual del buen administrador de pantanos. De aquella gloriosa astroquímica, poco quedaba; aun así, tenía que despertar del letargo.

-Terminemos bien esto, sentenció el niño poeta.

En su corazón, el reloj de arena se enderezó y el tiempo volvió a circular. Regresó a su casa. Pondría en orden sus pertenencias y emprendería un viaje, uno que ya había hecho antes de la niña, el pájaro y la atemporalidad. Aunque presentía un final, se ilusionó por la nueva aventura y ni cuenta se dio cuando ya tenía los pies en polvorosa, transitando rutas que recordaba de un ayer distante. Rumbo al mar.

El niño acumulaba muchos días levantándose más temprano de lo normal, falta de algo imposible de explicar y mucho menos acallar. Ese día en particular, se despertó agobiado: no podía quedarse quieto, concentrarse o sostener un pensamiento independiente de esa desazón. Desesperado, salió a caminar con la firme convicción de sudándola, evacuaría esa mala condición mental. Salió, caminó y la noche lo pilló todavía intranquilo; por eso decidió no detenerse hasta serenar su convulso espíritu. Y los días se sucedieron uno tras otro, apilando más dudas del tipo existencial: ¿Qué le faltaba, fé, conocimiento o placer?, ¿Le faltaba algo abstracto o material, permanente o temporal?. Entre más vueltas daba, más se enredaba.

Caminó y caminó hasta que la tierra se convirtió en arena, el frescor en calor y las coníferas en palmeras. Arribó a una pequeña playa semilunar. El mar. Verlo era mejor que las historias y su imaginación. Corrió hacia el agua y cuando esta le llegó al pecho, se zambulló entre la espuma de las olas. Cuando se cansó, salió a echarse boca arriba en la arena y se durmió arropado por el calor solar.

En su sueño percibió una presencia que lo despertó. Entrecerrando sus ojos y usando una mano como visera, enfocó a un viejo atezado, de pelo cano y ralo, que lo miraba con semblante afable, igual que un abuelo complaciente. Era de complexión delgada y fibrosa, e iba vestido con un

manto amarillento que alguna vez fue blanco.

-Hijo, ¿qué haces?, ¿qué no ves que te dará insolación? Ven conmigo a la sombra.

Caminaron hacia un grupo de palmeras donde el viejo había levantado una ramada con un par de hamacas colgadas. También tenía un puñado de cocos agolpados en montaña, una pequeña empalizada de piedras en el suelo para hacer fogatas y varios aparejos de pesca. Al fondo, una barca curtíase plácidamente en la playa.

El viejo preparó diestramente unos pescados, atravesándolos con unas ramitas para asarlos hasta el punto crocante exacto. Abrieron unos cocos y comieron sencilla pero espléndidamente, platicando sobre cosas banales: quienes eran, de donde venían y que noticias tenían de otras partes. Entre tanta cháchara, se instalaron la noche y el cansancio.

-Ya has salido de pesca?, preguntó el viejo.

-Solo en ríos, respondió divertido el niño recordando la experiencia.

-Entonces vayamos a dormir porque mañana antes del amanecer, saldremos a mar abierto y me ayudarás a recoger unas redes, dijo bostezando el viejo ya enrumbado a una de las hamacas.

Todavía estaba oscuro cuando el viejo y el niño se hicieron a la mar. Los primeros albos dejaron ver los flotadores de las redes sobre la negra superficie marina. Se acercaron a un primer grupo de flotadores y afianzando los del extremo, el niño y el viejo jalaban con fuerza la red para subirla a la barca. Entre las luces de la red, venían atrapados un montón de pescados que ambos liberaban con cierta dificultad. El sol ya estaba alto e intenso cuando terminaron de recoger las otras dos redes. Con la barca a tope, el cambio de marea y el sol alto, debían regresar pero todavía podían tomarse un rato de descanso antes de remar.

-Dime muchacho, ¿Por qué siempre estás tan triste?, cuestionó el viejo.

Con la mirada perdida en el horizonte, el niño trataba de sintetizar en un par de oraciones un universo de confusiones.

-Algo me falta que no logro identificar.

-¿Y has podido identificarlo acá?

-No.....

-Hijo, todos tenemos agobios y andamos por ahí, buscando solucionarlos. A veces se puede, a veces no; es peor ser inconsciente de ellos. Si te

conformas con vivir ajustado a lo que trae el día, respeto tu postura si tienes tiempo a tu favor para desperdiciar. Pero te darás cuenta que el tiempo es finito y eventualmente lo lloraras.

-¿Tú que lloras?

-No siempre fui pescador. Digamos que me dedicaba a transportar cosas; era un oficio triste. Un día, en un bosque encontré a un pájaro mal herido. Lo curé, le dediqué mi atención, le conté mis secretos. Ingenuo yo porque me traicionó: huyó robándose uno de mis tesoros. Quedé vacío y nuevamente solo. Sin embargo, al destino le encanta jugar a las volteretas. Volví a encontrar a ese pájaro, recuperé mi tesoro y lo maté. Puedo ser cualquier cosa, menos poseer una naturaleza homicida y esa pequeña cosa despertó las oscuridades más impensables de mi alma. Desde entonces, vivo con remordimientos. Al principio era insoportable, ahora es un dolor lejano que me acompaña.

-¿Cómo haces para sobrellevarlo?

-Lo que te diré, trabaja para mí, no sé si para ti. Te liberas de remordimientos y agobios haciendo aquello que desde un primer momento te regale felicidad. Olvídate de la prudencia y arriesga hasta las pertenencias más íntimas de tu identidad. Ya verás que los lastres no te volverán a asolar. Lo hecho, hecho está; llora, patatea y promete que no te vuelve a pasar. Luego, retoma el camino, vívelo con intensidad aunque no sepas adónde vas a terminar. Nada le debes al mundo, él te debe a ti porque tú lo haces mejor. Vámonos ya, que el mar nos volcará.

Los días de pesca y baño fueron bálsamo sobre la atribulada mente del niño, que encontró un pedacito de paz en un lugar inesperado. Pero como las fugas son lujos temporales, debía volver a casa. Saldría al amanecer del día siguiente.

Inquieto e insomne por el viaje, el niño se levantó y fue a la playa a matar las horas antes de su partida. El cielo era azul lapislázuli y el fulgor de la infinidad de estrellas tan grandes, tan vivas, delineaban el horizonte perfectamente. El viejo le sorprendió dándole una palmada en la espalda y con el esfuerzo propio de los años, se sentó a su lado.

-Con un camino largo por delante, deberías estar durmiendo.

-Pensar en tanta cosa que me espera, espantó mi sueño.... la vida no puede dejarse en pausa para siempre ¿verdad?, dijo el niño con un toque de sorna.

-Jejejejejejejejeje, no, no se puede. Bien sabes que las mismas aflicciones que hoy evades, en estos momentos estarán esperando con cuchillo en mano tu retorno. Tendrás que luchar contra ellas y seguramente te

dejaran heridas incurables, imágenes recurrentes y miedos reflejos. Pero si te lo propones, podrás con todo; solo procura no recibir demasiados golpes justificándolos con falsas ideas de predestinación.- El niño ajustó sus piernas para ponerse de pie cuando la mano del viejo lo detuvo.-Ten, toma esto.

Era un caracol de color blanco con franjas cafés, más pequeño que un dedo gordo.

-Cuando sientas tristeza, pónelo al oído. Lo he llenado con canciones del mar, para que recuerdes tu estancia acá y tranquilices el espíritu. Lamento no haber sido de mayor ayuda en tu búsqueda... Una última cosa, no importan nombres ni resultados, importa la lucha, lo que queda. Buena suerte muchacho.

El niño terminó de ponerse en pie y se marchó.

El niño llegó al mar de madrugada. El mismo azul lapislázuli del cielo y las mismas estrellas grandes y vivas, lo recibieron gritando su ascendente astroquímico. Caminó con las suaves olas lamiéndole los tobillos hasta comparecer al sitio donde el viejo lanzaba una red al agua girando su cintura.

-Hola niño, icómo has crecido!. Pensé que con la tarea hecha vendrías antes. Solo a ti se te ocurre ignorar al tiempo y la astroquímica..... bueno, no importa. Tengo un par de pescados que llevan tu nombre, jajajajaja. Zambúllete un rato mientras enciendo el fuego -, dijo el viejo.

Con tantas pruebas y peleas, el niño poeta había olvidado lo que era divertirse. Una alegría indescriptible desinfectaba su alma, descartando cualquier traza de supuración en la espuma blanca. Desde la playa, un grito avisaba que la comida estaba lista. Ante la mirada complacida del viejo, el niño dio cuenta rápida de dos crujientes pescados, tal como le gustaban. Después del refrigerio, el viejo preguntó:

-¿Y entonces, hoy si seguirás mis consejos?, preguntó el viejo.

-No es tan simple aceptar todo lo que la gente dice, aunque contenga mucha sabiduría. Fue necesario vivirlo todo hasta la última consecuencia. Ahora vengo mi querido amigo porque mi presencia acá ya no es requerida. El tiempo me arrolló y la astroquímica me abandonó. Cerraré este capítulo y comenzaré otro, dijo el niño soltando un gran suspiro.

-De cierta forma entendía ese empecinamiento tuyo por continuar. No podía intervenir en tus decisiones, solo darte pequeñas ayudas. Si te preguntase cuál era tu agobio o en qué acabó la búsqueda de tu razón, creo que todavía no tienes una respuesta firme. Sin embargo, aprendiste lo más importante: nadie tiene respuestas, solo experiencias que tu

corazón íntimamente interpreta. Todo gracias a la astroquímica. Vámonos ya entonces. Por cierto, bonitas alas, te serán útiles en la nueva travesía hermanito.

Al finalizar sus palabras, el viejo se disolvió en distintas ráfagas de aire componente, adelantándose hacia el nuevo destino. El niño poeta con un esbozo de sonrisa pensó "gracias por tu fidelidad amigo viento".

El niño poeta se sentó en la playa a contemplar el inicio del amanecer. Le sorprendió que de su pecho, clausurado de larga data, nació una esfera. Al nomás salir, se disolvió para adoptar la forma de una niña morena con vestido blanco de tirantes y dos alas que salían de su espalda, las del Jilguero. Se veía tan linda, con esa luminosidad propia de las ensoñaciones recurrentes. La niña de pie frente a él, dio un pequeño brinco y suspendida en el aire, tendió su mano para volar juntos. Y volaron como siempre lo deseó. En el aire, el niño poeta tomó las manos de la niña y por fin declaró su amor:

-¿Sabes?, dijo el niño poeta, un día mi corazón reconoció el tintineo de una llave que ajustaba exacto en la chapa de su puerta. Eras tú la dueña. La astroquímica hizo que mi muchacho rojo decidiera hacerte su vocación a tiempo completo. Planificó ser paciente, valiente, generoso y constante con tal de perseguirte a través de los mil infiernos dispuestos, porque sabía que te detendrías en algún momento y ahí te convencería que abrieras la puerta y te quedaras para comprobar que solo late de amor por ti. No hay final.

El concierto de canciones, la de cuna y la no cantada, emergieron de dos pechos naranjas. La intensidad de los decibeles comenzó a desprender pedacitos de color de la escena que el viento los sopló hasta conceder un blanco e impoluto lienzo. Los círculos se cerraron aunque no fuese real. A recomenzar.

Epilogo

El blanco del lienzo llevaba un tiempo insondable, repeliendo los intentos de plasmar un color porque todavía dolía la lección. Un día, el lienzo tuvo conciencia de un fugaz aleteo en su esquina inferior. Con curiosidad, se revolvió para ver de qué se trataba: era una pequeña niña, de piel suavemente acaramelada y ojos más brillantes que los luceros. Llevaba puesto un vestido azul profundo, estampado con todos los astros moviéndose. Batiendo sus alas blancas de lechuza, la niña tímidamente se asomaba por el lienzo como si se tratase de una ventana a otra realidad. Viéndola, el blanco decidió desistir sobre su refractariedad y permitió la

entrada del nuevo color.